6456

Les

Magyars.

Clara

14

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

LOS MADGYARES,

ZARZUELA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

DON LUIS DE OLONA,

MUSICA DEL MAESTRO

DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela en Abril de 1857.

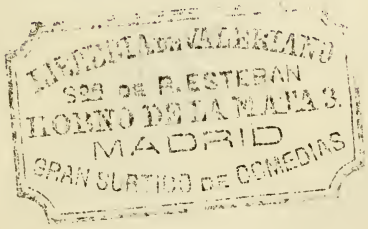
DECORACIONES

PINTADAS POR DON LUIS MURIEL.

Segunda edicion.

MADRID:
IMPRENTA DE M. GALIANO, PLAZA DE LOS MINISTERIOS, NÚM. 3.
1860.

LOS MADGYARES.



LOS MADGYARES,

ZARZUELA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

DON LUIS DE OLONA,

MUSICA DEL MAESTRO

DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela en Abril de 1857.

DECORACIONES

PINTADAS POR DON LUIS MURIEL.

MADRID:
IMPRENTA DE M. GALIANO, PLAZA DE LOS MINISTERIOS, NÚM. 3.

1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARTA (pastora)	D.ª Carolina Di-Franco.
MARIA TERESA DE AUSTRIA	D.ª Isabel Valentin.
ISABEL (arrendadora)	D.ª Dolores Fernandez.
GEORGEY (madgyar)	D. Francisco Salas.
FRAY JOSE (lego)	D. Vicente Caltañazor.
ALBERTO (labrador)	D. Manuel Sanz.
EL CONDE ROBERTO	D. Francisco Calvet.
EL CORONEL KELSEN	D. Ramon Cubero.
ENRICO (capitan)	D. N. Fernandez.
UN MERCADER	D. N. Galvan.
UN ALFEREZ	D. N. Rochel.
UN ALDEANO	D. José Rodriguez.
OTRO	D.

Coros y comparsas de oficiales de diferentes armas.—Monjes.—Soldados de distintos regimientos.—Segadores, segadoras.—Aldeanos y aldeanas.—Mercaderes.—Hombres y mujeres del pueblo.—Músicos de la aldea.—Magistrados.—Pajes.—Caballeros, etc.

La accion en Hungría, año de 1742.

La propiedad de esta zarzuela, la de

Casado y soltero.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La cotorra.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
El amor y el almuerzo.
La zarzuela.
Pablito, ó segunda parte de don Simon.
Bruschino.
El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.
La cola del diablo.
Amar sin conocer.
Amor y misterio.
Catalina.
El Valle de Andorra.
El sargento Federico.
El juramento.
El hijo de familia ó el lancero voluntario.
Galanteos en Venecia.
Los Circasianos.
Mis dos mujeres.

pertenece á D. Luis de Olona, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *D. Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un campo de trigos en la época de la siega. Todo el fondo está cubierto de espigas. A la derecha del público, en primer término, un edificio viejo, que sirve de habitacion, con una ventana alta en el costado, dando frente al público. Más allá un ribazo. A la izquierda, en primer término, la imágen de la Vírgen bajo un cobertizo tosco, de madera, sostenido por una estaca clavada en tierra. En segundo término un establo. Más allá una choza de paja. Al fondo, en los últimos términos, un risueño paisaje y una colina, detrás de la cual asoman las torres de una aldea.

Al levantarse el telon la escena presenta un cuadro sumamente animado. Entre los trigos se ve trabajando á los segadores: las mujeres forman, unas, haces de espigas, y otras sacan agua de una cisterna y la llevan en cubos al establo. En distintos lados, carros cargando haces, que echan unos segadores y reciben desde lo alto los carreteros.

Entiéndase siempre por derecha é izquierda, la del público.

ESCENA PRIMERA.

A la derecha y debajo de la ventana dos cazadores húngaros bebiendo, sentados junto á una mesa. ISABEL recorriendo los grupos de trabajadores y animándolos á la faena. La orquesta, ya levantado el telon, toca algunos compases antes del canto, acompañando la animacion del cuadro.

INTRODUCCION.

CORO respondiéndose unos á otros á medida que trabajan. Los segadores entre los trigos, incorporándose y hablando desde allí con los que cargan los carros.

¡Jé! ¡Ah!
¡Los carros acá
y el trigo á la era!

LOS CARRETEROS y los que echan los haces, volviendo la cara y respondiendo.

¡Ya van!
Ya van, que la miés

672535

cogiéndose está.

ALDEANAS que llevan cubos á las que sacan agua del pozo.

¡Eh! vivo, muchachas,
los cubos llenad.

LAS que sacan agua, tirando de las sogas del pozo.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!
¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

LOS SEGADORES á los Carreteros.

¡Eh!

LOS CARRETEROS, figurando que se dirigen á otros que hay dentro.

¡Eh!

DENTRO VOCES. ¡Eh!

ALDEANAS, á las del pozo.

Despachad.

LAS del pozo, tirando de las sogas.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

TODOS, dándose voces unos á otros.

¡Eh!
Que hay larga faena
y el tiempo se va.

TODOS, trabajando como al levantarse el telon.

Del ardor
del estío
al segar
yo me rio,
si sus granos
de oro
las espigas
me dan.
A segar,
segador:
á segar,
á segar.
Este sol
es la vida,
este sol
es tu pan.
A segar, compañeros,
¡A segar, á segar!

(En este momento se oye la voz de Marta dentro.)

MARTA. (Dentro.) ¡Eh! ¡eh! Oveja!

(Hablando con música en la orquesta. Se oyen los esquilones del rebaño.

Marta sale corriendo por el ribazo trayendo delante un pequeño rebaño de ovejas que viene arreando con el cayado.)

¡Por la vereda! ¡Hácia el arroyo!... ¡Sus!

(Las ovejas corren y desaparecen por la derecha. Marta les tira una piedra desde el ribazo.)

CANTO.

MARTA. (Baja corriendo á la escena.)
¡Sus! Al valle, (Ya en la escena.)
mis ovejas!
¡Al arroyo
y al vergel!
Luego al risco,
luego al monte
subirémos
otra vez.
¡Sus! ¡sus!
mis ovejas, corred.
¡Sus!
mis ovejas, corred.

CORO. (Unos á otros.)
Es Marta la pastora:
mirad, mirad
qué alegre y seductora
la niña está.

MARTA. (A todos con alegre fisonomía.)
¿Qué tal los segadores
van por acá?

CORO. ¿Qué tal van los pastores?

MARTA. Bien en verdad. (Con satisfaccion.)

COMPAÑIA DE ZARZ
EMPRESA JUAN OREJO

COPLAS.

1.ª

MARTA. Desde que apunta el alba
hasta ponerse el sol,
corro por esos campos
de mi rebaño en pos.
Adonde quiere ir
allí voy yo,
allí voy yo;

oyendo sus balidos,
cantando mi cancion.

(Suenan en la orquesta los esquilones del rebaño.)

Ovejuelas,
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

CORO. Ovejuelas,
ovejuelas, etc.

2.ª

MARTA. Reina de la montaña,
yo la primera allí
siento gemir la brisa,
la tempestad venir.
Y la primera yo
al sol de abril,
al sol de abril
saludo repitiendo
mi canto pastoril.
Ovejuelas,
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

CORO. Ovejuelas,
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

(La orquesta hace lo mismo que antes.)

TODOS. ¡Ah! (Voz general. Cesa la música.)

HABLADO.

ISABEL. Vamos, vamos; no hay que abandonar el trabajo; cada

cual á su puesto, y á ver si los carros se llevan el grano antes que anochezca.

MARTA. Y harán bien; porque ó mucho me engaño, ó vamos á tener mal tiempo.

ISABEL. ¿Mal tiempo con este sol?

MARTA. ¡Oh! no hay que fiar, señora Isabel. El aire de la montaña ha refrescado y se ven muchas nubes sobre el Danubio.

ISABEL. Eso nos faltaba; despues de dos malas cosechas que llevamos en Hungría... perder la de este año, que es tan abundante.

MARTA. ¡Y tan buena! Da gusto ver los trigos que Dios nos envia. (Se sienta en una piedra á la izquierda.)

ISABEL. ¿Cómo vuelves hoy tan pronto del monte?

MARTA. Las ovejas han pastado á su sabor toda la mañana y... la verdad, como esta noche es la romería al convento de San Estéban, he venido temprano para buscar á Alberto.

ISABEL. Sí, échale un galgo.

MARTA. (Levantándose y con cierta pena.) ¡Qué! ¿Tampoco ha parecido hoy?

ISABEL. ¿Acaso desde hace algun tiempo se puede contar con él para nada? Su conducta va dándome que sospechar, y... (Si una pudiera decir todo lo que piensa...)

MARTA. (Sacando una manzana del zurron.) Ya vendrá, señora Isabel. Alberto no abandonaria la granja sólo por irse á divertir. Bien sabeis que no hay un mozo más activo y de más talento que él en toda la comarca.

ISABEL. No lo niego, pero...

MARTA. Su padre, que me recogió al quedar yo huérfana, me decia antes de morir... Marta, mi hijo es un hombre de provecho, y tú serás feliz á su lado.—¡Oh! Y vaya si lo seré.

ISABEL. ¿Quién sabe?

MARTA. (¡Hum! ¡Mal pensada!) (Come la manzana que ha sacado.)

CAZ. 2.° Dadnos otra botella, buena mujer.

ISABEL. Con mucho gusto. (Entra en la casa.)

MARTA. ¿Y adónde bueno, señores forasteros?

CAZ. 2.° Estamos de caza.

MARTA. (Mirándoles las bandoleras.) ¿Sí? Pues bien poco luce la cacería.

CAZ. 1.° Es que aún no hemos ido al monte.

CAZ. 2.° (Ap. al primero.) ¡Si sospechará!

CAZ. 1.° (Ap. al segundo.) No! ¿Cómo ha de conocernos?

MARTA. ¿Sois del país? (Levantándose.)

CAZ. 2.° De Buda.

MARTA. ¿De la capital? ¡Hola! ¡Hola!

ISABEL. (Que ha salido con una botella que pone sobre la mesa.) Dicen que este año habrá mucha gente en la feria.

MARTA. ¿No es pasado mañana?

CAZ. 2.° Justamente.

MARTA. ¡Viva! (Saltando.)

ISABEL. ¡Calle! ¿Por qué tanta alegría?

MARTA. Porque Alberto ha prometido comprarme un collar y una saya para el dia en que nos case... (Ay, que me encargó que no lo dijera!)

ISABEL. (Sí. ¡Largo le va!)

CAZ. 1.° ¿No es esta granja el punto de reunion que teneis todos los años para vuestra célebre romería?

MARTA. ¡Vaya! Como que acuden á ella de diez y doce leguas á la redonda.

ISABEL. Sin ir mas léjos, hace una hora que tengo alojada en ese cuarto de arriba una jóven y linda labradora, que no conozco por cierto, pero que me ha pagado muy bien. (Marta se va al fondo mirando por todos lados por si ve venir á Alberto.)

CAZ. 2.° Es decir que sacais provecho de la fiesta.

ISABEL. De algunos años á esta parte. Porque en tiempos de nuestro antiguo señor, se daba hospitalidad á todo el mundo sin exigir nada.

CAZ. 2.° Y... ¿vuestro señor ha muerto?

ISABEL. Segun contaba mi padre tomó las armas contra el difunto emperador y emigró por último á Italia para salvar su vida. Pero... hace dos años que tambien desapareció de allí... sin que nadie haya vuelto á saber su paradero.

CAZ. 1.° ¿Eh? (Escuchando con sumo interés.)

ISABEL. ¡Pobre Madgyar Georgey!

CAZ. 2.° ¡Georgey! ¿Georgey era vuestro amo? (Con ansiedad.)

ISABEL. Sí señor. Y como sus bienes fuéron dados últimamente al Conde Roberto, gobernador de Buda, se dice por el país que este mandó secretamente matar en Italia á Georgey, temiendo que un dia alcanzase su perdon y volviese á poseer lo que le pertenecia.

CAZ. 1.° (Levantándose.) ¿Quién os ha contado? (Con ira.)

CAZ. 2.° (Ap. al primero y deteniéndole.) Señor, prudencia.

MARTA. (Bajando del fondo.) ¿Pero dónde puede estar Alberto? ¿No sabeis?..

ISABEL. ¡Eh! lleva las ovejas al redil y déjame en paz. (Bruscamente.)

MARTA. Bien. Sí, pero no por eso le querré menos. (Yendo hácia el fondo.) ¡Hiú! ¡ovejas! ¡Hiú!.. ¡Je! (Al fondo.) Que se entran por los trigos! ¡Niña! (Corriendo hácia dentro,) ¡Niña!

MÚSICA.

F. JOSÉ. (Dentro.) ¡Arre, mulita!
arre, mulita,
que está la granja
ya muy cerquita.
¡Arre!

CORO. (Mirando.) ¿Quién es?

F. JOSÉ. (Dentro.) ¡No te me vayas
por la maleza,
ó de cabeza
voy á caer!

CORO. (Siempre mirando.) ¡Es fray José!

F. JOSÉ. ¡Arre!

(El lego viene por una vereda entre los trigos.)

F. JOSÉ. ¡Es fray José!

ESCENA II.

CORO, ISABEL, CAZADORES, FRAY JOSÉ, lego, aparece por el sembrado montado en una mula: lleva un ancho sombrero de fieltro blanco, el hábito remangado y unas alforjas grandes.

CAZ. 2.º (Hablado.) Un monge. (Va á levantarse.)

CAZ. 1.º (Deteniéndole.) Disimulo.

F. JOSÉ. (En su mula y en medio de los aldeanos. Hablado.) ¡Hola! ¡Muchachos!

CANTO.

CORO. (Muy afables.) Buenas tardes,
buenas tardes.
Bien venido,
fray José.

F. JOSÉ. Buenas tardes, (Afable.)
buenas tardes...
(Con gravedad.) per sécula-seculorum...
¡Amen!
CORO. Buenas tardes.
F. JOSÉ. Buenas tardes.
CORO. ¿No se apea
su merced?
F. JOSÉ. Sí me apeo.
CORO. Cuidadito, (Ayudándole á bajar de la mula.)
cuidadito
con caer.

(Fray José se apea de la mula ayudado por los aldeanos y viene al proscenio.)

ESTROFA.

F. JOSÉ. Ego sum,
ego sum,
¡el leguito del convento!
Ego sum
además
campanero y sacristan.
En el coro
canturreo,
¡Laus Deo!
Y repico
con afan
lan, lan.
lan, lan.
Y subido en la mulita
de un lugar á otro lugar
voy el diezmo demandando
por mandato del guardian.
¡El diezmo dad!.. (Con aire humilde.)
el diezmo dad...
Ego sum,
ego sum,
por mandato del guardian,
ego sum,
ego sum,
campanero y sacristan.
CORO. Aquí está,

aquí está
el leguito del convento,
aquí está,
aquí está
por mandato del guardian. (Cesa la música.)

HABLADO.

F. JOSÉ. (A Isabel.) Hermana, mandad que den un pienso á mi mula. La pobrecita está en ayunas y ha andado todo el dia de ceca en meca.

ISABEL. Ya lo oyes, Juan. (A un aldeano, que se va llevándose la mula.) Y tú, Berta, (A una aldeana.) trae á fray Jose su chocolate de costumbre.

F. JOSÉ. ¡Ajá! ¡Bravo! (La aldeana se va, entrando en la casa.)

ISABEL. Ya sabeis que siempre os lo tengo preparado para cuando venís de vuelta al monasterio.

F. JOSÉ. Así me sucede en todos los caseríos vecinos.

ISABEL. ¡Qué! ¿habeis ya tomado chocolate en otra parte?

F. JOSÉ. Con esta van hoy once jícaras.

ISABEL. ¡Jesus!

F. JOSÉ. Pero no importa; tambien caerá.

ISABEL. En cuanto al diezmo, mañana sin falta se lo mandaré al padre guardian.

F. JOSÉ. Sí, mejor es. (Berta sale con el chocolate.)

ISABEL. Aquí está el chocolate.

F. JOSÉ. ¡Anda! Y dos bollos. (Coge el plato.) ¡Hum, cómo trasciende la canela. (Mira á todos lados buscando dónde ponerse, y se sienta en la mesa en medio de los dos cazadores.) Con vuestro permiso.

CAZ. 1.° (Con mal gesto.) ¿Eh?

F. JOSÉ. No, no, si no me estorbais. (Murmura una oracion para bendecir el chocolate.) Benedicite... (Mira de pronto á los dos cazadores y dice aparte.) ¡San Estéban, y qué mal encarados! (Vuelve á murmurar la bendicion.) Benedicite in nómine... (Los mira de nuevo, se inquieta más, se levanta vivamente, llevándose el chocolate y yendo á sentarse en un banco que hay inmediato.) ¡Ave María purísima!

ISABEL. ¿Qué teneis?

F. JOSÉ. Calor. (Ap. á Isabel.) ¡Chis! ¿quiénes son esos dos buhos?

ISABEL. (Id. al lego.) Son cazadores.

F. JOSÉ. (A Isabel, ap.) ¿De fieras?

CAZ. 2.° ¿Qué habeis oido de nuevo por esas aldeas, hermano lego?

F. JOSÉ. (Con un bollo en la boca.) hum, hum, hum, hum, hum, (Moviendo la cabeza y el dedo índice en señal negativa.)

ISABEL. ¿Será verdad que nuestra jóven emperatriz María Teresa está en grave peligro de perder su trono? (A los cazadores.)

F. JOSÉ. ¿Qué decis?

ISABEL. Ayer me aseguraron que los franceses y prusianos marchaban sobre Viena.

CAZ. 1.° Así es; pero nosotros los húngaros no debemos interesarnos por la suerte de María Teresa: al contrario.

F. JOSÉ. ¿Al contrario? Pues no es esa la opinion de mi amigo Alberto.

CAZ. 1.° (Levantándose.) ¡Hola!

CAZ. 2.° (Id.) ¿Vuestro amigo se ocupa en semejantes cuestiones?

F. JOSÉ. No habla de otra cosa; y anoche mismo con el padre guardian...

CAZ. 2.° ¿Eh? (Con suma curiosidad.)

F. JOSÉ. Pero no decidlo por ahí, porque no quiere que se sepa que estuvo en el convento. (Se levanta.)

CAZ. 1.° (Al 2.° ap.) ¿Qué significa?

CAZ. 2.° (Alto.) ¿No es ese Alberto el novio de la pastora que hemos visto hace poco?

ISABEL. Sí, buen novio te dé Dios.

F. JOSÉ. ¿Cómo es eso? ¿Murmura?

ISABEL. ¿Murmurar? (La ventana se abre y aparece una labradora mirando con ansiedad al campo.) Yo tengo mis razones para creer...

F. JOSÉ. (Bajo.) ¡Hermana! (La labradora presta atencion.)

ISABEL. En fin, quereis que lo diga de una vez? Pues Alberto no quiere á esa pobre huérfana... ó por lo menos, ama tambien á otra.

F. JOSÉ. ¡Cómo! ¿Promiscua?

CAZ. 2.° ¿Y qué pruebas teneis?...

ISABEL. ¿Qué pruebas? Una que os va á horrorizar.

F. JOSÉ. ¿A ver? ¿A ver? (Levantándose.)

ISABEL. (Con misterio.) Anoche... cruzaba yo la montaña, (La labradora escucha.) y al pasar por la cabaña de Alberto, quise descansar un poco. La puerta estaba cerrada: llamé inútilmente, y con gran sorpresa mia oí nada menos que...

CAZS. y F. JOSÉ. Acabad.

ISABEL. ¡Oí llorar á un niño!

LAB. (Ap.) ¡Cielos! (Entra y cierra velozmente.)

CAZS. (Riendo.) ¡Já, já, já! (Echándose al hombre las escopetas.)

F. JOSÉ. (Ruborizado.) ¡Chiss! ¿Quereis callar? ¿Quereis no contar esas cosas delante de mí? Pues hombre, nada menos que á un lego venir con... Cállese y tape esas iniquidades.

ISABEL. ¡Toma! Yo...

F. JOSÉ. Cállese, digo; que se me va á indigestar el chocolate.

CAZ. 1.° Tomad, y gracias por vuestro vino. (Dándole una moneda y yéndose.)

ISABEL. Adios, señores.

MARTA. (Saliendo por la izquierda con dos cantarillas de leche. Ya están órdeñadas las ovejas, y aquí os traigo... (Viendo al lego y soltando los cántaros.) ¡Calle! el leguito.

F. JOSÉ. ¡Hola! Buenas tardes...

MARTA. ¿Cómo va de salud? ¿Cómo va la mula?

F. José. Todos estamos sin novedad. (¡Pobre muchacha! Si supiera...)

ISABEL. (Tocando una campana que hay junto al establo.) No más trabajo por hoy. (Los segadores y segadoras se dispersan.)

MARTA. ¡Ajá! Bueno.

ISABEL. ¿Os volveis al monasterio?

F. JOSÉ. Despues, con la fresquita.

MARTA. Sí, que todavía pica el sol.

ISABEL. Pues yo voy á ponerme mi saya de fiesta. Hasta luego, fray José.

F. JOSÉ. Ya nos verémos. ¡Ah! cuenta con... (Hace señas. ¡Ejem! ¿Estamos? (Señalando á Marta con disimulo.)

ISABEL. ¡Ah! por supuesto. (Se va.)

MARTA. ¡Calle! ¿le haceis señas?

F. JOSÉ. ¿Yo? ¡Dios me libre!

MARTA. ¡Vamos, que bien os gusta la arrendadora!

F. JOSÉ. ¡Jesus! (Se santigua.)

MARTA. ¡Toma! Si es guapa...

F. JOSÉ. Por ese principio, hija mia, me gustarias tú. Pero cuando uno es lego... y por más que se tenga buen paladar... hay que hacer siempre la vista gorda.

MARTA. ¡Lego, lego! aún sois libre de dejar el hábito.

F. JOSÉ. No hagamos suposiciones. Tú no sabes lo que son las suposiciones, hija: ahora poco hacian unas de Alberto...

MARTA. ¿De Alberto?

F. JOSÉ. No, no vayas á creer que... ni sospeches que ese chico... (¡Uf, que la iba á soltar!)

MARTA. ¿Eh? ¿qué significa ese aire misterioso?

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

F. JOSÉ. ¿Misterioso? yo tengo el aire miste... ¡Cá! Si no hay nada que...

MARTA. ¿Pero qué me queriais decir de Alberto? ¿Le ha sucedido alguna cosa?

MÚSICA.—CANTO.

ALB. (Dentro,) ¡Marta!
¡Eh! ¡Marta mia!

MARTA. ¡Cielos! ¡Él es!
(Corre al ribazo y canta llamando por señas adentro.)
¡Eh mi Alberto! Aquí estoy!
Ven aquí, ven!
(Sale Alberto y se abrazan en el ribazo.)

F. JOSÉ. (Aparte en el proscenio.)
Aunque
en esto de amores
yo nada sé,
cuando
tanto la aprieta
la querrá bien.

ALB. (Baja al proscenio con Marta y le dice mostrándole un ramo de flores.)
Estas flores, bien mio,
ví en la pradera :
para tí las dió vida
la primavera.
Antes que al norte crudo
puedan morir,
ornen tu frente pura,
tu talle gentil.

MARTA. De este ramo de flores
la más hermosa
(Cogiéndola.) es esta delicada
pintada rosa.
En tu pecho yo quiero
verla lucir;
llévala cual recuerdo
querido, de mí. (Se la pone en un ojal.)

F. JOSÉ. (Ap.) ¡Oh padre guardian!
yo os quiero decir
que más del convento

no vuelvo á salir,
porque estas cosas...
¡ay San Anton!
á uno le quitan
la devocion.

MARTA. Dos dias há
que no te veo,
ni por el monte
ni en el vergel.

ALB. No temas nunca
que yo te olvide.

MARTA. No es razon esa. (Sonriendo.)

ALB. Óyeme pues. (La coge de la mano afablemente.)
Nadie te adora
cual yo te adoro;
y adonde quiera
voy, niña, yo,
viene tu imágen
encantadora
miro tus ojos,
oigo tu voz.

MARTA. Cuando se adora
cual yo te adoro,
es, dueño mio,
mucho mejor
que yo te mire
siempre á mi lado,
que cerca escuche
tu dulce voz.

F. JOSÉ. (Ap.) ¡Ay padre guardian!

MARTA. ¡Mi Alberto! ¡Mi amor!
ALB. ¡No temas, mi amor! } (A un tiempo.)

A UN TIEMPO.

MARTA.	ALBERTO.	F. JOSÉ.
Haz que te mire	Do quiera vaya,	Estos coloquios,
siempre á mi lado,	dueño querido,	¡ay San Anton!
que cerca escuche	miro tu imágen,	á uno le quitan
tu dulce voz.	oigo tu voz.	la devocion.

(Cesa la música.)

HABLADO.

F. JOSÉ. ¡Je! Basta hermanos, que estoy yo aquí! (Separándolos.)

MARTA. ¡Toma, no he de abrazarle?

F. JOSÉ. Sí; pero eso es ya gula.

ALB. Fray José, Marta y yo nos amamos desde niños. Juntos hemos crecido en estos campos, iguales son nuestras penas y nuestras alegrías! ¡Una hora de ausencia se nos figura un siglo!.. ¡Qué diantre! otro abrazo, Marta, con permiso del hermano lego.

MARTA. (Sonriendo y abrazando á Alberto.) Hermano, cerrad los ojos.

F. JOSÉ. (Volviéndose vivamente.) Ciérrolos.

ALB. (Estrechándola.) ¡Marta mia!

F. JOSÉ. (Con los ojos cerrados.) ¿Pasó?

MARTA. Ya estaba inquieta por tu ausencia.

ALB. ¿Inquieta?

MARTA. Es claro. Dos dias sin verte, y luego, fray José que há poco me hablaba de tí con unos misterios...

F. JOSÉ. (Vivamente.) Yo no. Yo nunca he creido nada malo. Ni siquiera he pasado por tu cabaña.

ALB. (Conmoviéndose.) ¿Cómo?

F. JOSÉ. (¡Se turba!)

ALB. (Pasando al lado del lego y en voz baja.) ¿Qué me quereis decir?

MARTA. ¿Eh? ¿Tienes algo? (A Alberto.)

ALB. No, Marta mia, no. (Queriendo disimular.)

MARTA. ¡Estás pálido!

ALB. Porque me rinde la fatiga.

MARTA. ¿Quieres beber una taza de leche?

ALB. Sí; con el hermano lego. Sentaos. (Al lego.)

F. JOSÉ. (Sentándose.) ¡Hum! Ya voy creyendo... (Alberto se sienta al otro lado de la mesa, á la derecha.)

ALB. Más cerca. (Bajo al lego, en tanto Marta ha ido á llenar dos tazas de leche de los cántaros.) Si algo sabeis, si algo habeis sospechado... tened presente que nuestra suerte y la del convento depende de vuestra discrecion...

F. JOSÉ. ¡Qué oigo!

ALB. Y que una imprudencia nos costaria la vida... (Con energía.)

F. JOSÉ. (Aterrado y en voz alta.) ¡Ay!!

MARTA. (Llegando á la mesa con dos tazas.) ¿Qué?

F. JOSÉ. (Disimulando.) ¡Ay que nata tiene la leche! (¡Me tiembla todo el cuerpo!) (María Teresa, que es la aldeana de la escena anterior, aparece en la puerta de la casa.)

MARTA. ¿Verdad que sí?

ALB. Da gozo el mirarla.

MARTA. Los pastos de nuestras montañas son tan sanos... (Beben.)

TERESA. (Apareciendo.) ¿Quereis servirme una taza?

ALB. (Levantándose al verla y ap.) ¡Gran Dios!

MARTA. ¿Eh? (Mirándola con curiosidad.)

F. JOSÉ. (¡Otra sorpresa!) (Se levanta.)

MARTA. ¿Quién es esa aldeana?

TERESA. Soy...

ALB. Una labradora de las cercanías de Pesth... ¿Vos por aquí, señora Teresa? (Esforzándose para disimular.)

MARTA. ¡Calle! ¿Tú la conoces?

TERESA. Sí, Alberto se ha encargado de dirigir los trabajos de mi alquería...

ALB. Ajá. Y sin duda habeis venido á saber... (¡Qué imprudencia, señora!)

TERESA. (Aléjalos de aquí.) (Marta ha ido por detrás con cierto recelo.)

MARTA. (En medio de los dos.) ¿Sabeis que sois demasiado linda para que á mí me guste el que hableis tan bajito con mi novio? (Á María Teresa.)

ALB. (Vivamente) Marta mia, la señora Teresa viene á pedirme cuentas de ciertos encargos... Anda, (pasándola al otro lado.) vé á adornarte para la romería, en tanto hablamos dos palabras.

MARTA. (Llevando ap. á Alberto.) Oye; que no sean más que dos; ¿eh?

ALB. (Sonriendo.) ¡Qué! ¿Tendrias celos?..

MARTA. De todo el mundo, ¿sabes?

ALB. (Sonriendo.) ¡Oooh!

MARTA. (Ap. á Alberto.) Dame un abrazo delante de ella.

ALB. ¡Qué idea! ¡Toma! (La abraza.)

MARTA. Así. (A María Teresa.) ¿Lo veis? ¿Veis cuánto me quiere mi novio? Hasta luego, señora Teresa. (Ap. yéndose.) ¡Anda! ¡Por si acaso! (Váse.)

F. JOSÉ. (Ap. y pensativo.) (¡Todo un convento teniendo que ver con un chico!! *¿Quare causa?*)

ALB. Hermano... (Señas de que se vaya.)

F. JOSÉ. ¡Ah! Sí, os dejo: ¡voy á echar una siestecita ahí bajo! á la sombra de ese emparrado. (Se va, no sin intentar el ver más de cerca á María Teresa, lo cual se lo impide Alberto.)

ESCENA IV.

ALBERTO, MARÍA TERESA.

ALB. (Al ver que se han quedado solos y bajando al lado de María Teresa.) Señora, ¿qué habeis hecho?

TERESA. ¡Esperar inútilmente que volvieras, y salir en tu busca temiendo una desgracia!

ALB. Pero vuestro hijo...

TERESA. Lo he dejado en tu cabaña con mi fiel escudero.

ALB. ¡Ah! permita vuestra majestad que le anuncie de rodillas... (Va á arrodillarse.)

TERESA. ¡Levanta, imprudente! (Mirando con recelo á todos lados.)

ALB. (Incorporándose.) Perdonad si la alegría me hace olvidar todo peligro.

TERESA. ¿La alegría? Explícate. ¿Qué noticias me traes?.. Mis enemigos...

ALB. No, nada espereis fuera de aquí. Las tropas de Federico II y de la Francia, ocupan casi todo vuestro imperio; pero os queda Hungría, y no en vano habeis venido á confiarnos vuestra defensa y el porvenir de vuestro hijo.

TERESA. ¡Los húngaros no me abandonan!

ALB. Yo vengo de recorrer los castillos de los Madgyares y las aldeas de la montaña. Todos los brazos están prontos á levantarse en favor de la emperatriz María Teresa. Todos los corazones se conmueven á la voz de una madre jóven y desgraciada.

TERESA. ¡Y tú!.. Tú, pobre aldeano, cuyo valor me admira, cuyo lenguaje me sorprende...

ALB. (Con aire modesto.) En Hungría, señora, el valor no es cosa rara; y en cuanto á mi lenguaje... no lo extrañeis. Los padres del convento vecino me enseñaron á leer y á escribir, y pobre labrador como soy, nunca olvidé sus lecciones.

TERESA. ¿Los has visto?

ALB. Anoche.—Y el guardian prefirió con razon el confiaros á mi lealtad, porque hace dos dias que ocupan el convento las tropas del gobernador de Buda.

TERESA. Es decir, que si permanezco allí oculta...

ALB. Estabais perdida. Los planes del gobernador son ciertos. Aprovechando vuestra desgracia, quiere entregar nues-

tro país al rey de Prusia. Pero esta noche quedará burlada su traicion.

TERESA. ¿Esta noche?

ALB. Los pueblos de la montaña, los caseríos de los valles, los señores, los siervos levantarán por vos sus pendones! Todo está pronto: al toque de ánimas se dará la señal... y para ello sólo aguardo un aviso.

TERESA. ¿Un aviso? ¿De quién?

(Un embozado aparece en el fondo, y al ver á Alberto se descubre.)

ALB. ¡Mirad! (Señalando al embozado.)

TERESA. (Reconociéndole.) ¡Kelsen! ¡Mi bravo coronel!

KELSEN. (Quitándose el sombrero.) ¡La emperatriz!

COMPAÑIA DE EMPRESA JUAN

ESCENA V.

DICHOS, KELSEN.

ALB. (A Kelsen.) No os inquieteis. Impaciente por mi tardanza... (Mira á todos lados por si alguno los sorprende.)

KELSEN. Yo debia ir á buscaros, señora.

TERESA. ¡Tú, á quien yo creia en Buda!

KELSEN. Mi regimiento de croatas está desde ayer en el convento con las tropas del gobernador; pero nada puede hacer por sí solo, y yo os vengo á proponer un medio que decida la victoria.

TERESA. ¿Un medio? ¿Cuál?

KELSEN. ¿Tendreis valor para intentarlo?

TERESA. Kelsen, ya me conoces.

KELSEN. Pues bien, señora: yo temo que la insurreccion de la montaña pueda ser sofocada por el ejército.

ALB. (Con inquietud.) ¿Qué decís?

KELSEN. Pero si ahora que está ausente el gobernador, ese ejército os viera; si vos, presentándoos conmigo esta noche en el convento, invocaseis la antigua lealtad de las tropas... estas os aclamarian como en otro tiempo y sostendrian el trono de vuestro hijo.

ALB. ¡Cómo! ¿Entregarse de ese modo á merced de sus enemigos?

TERESA. Exponer á mi hijo á la saña de esos traidores... Kelsen, yo seguiria tu consejo cuando sólo se tratara de mí.

KELSEN. Oidme, señora. Vuestro hijo puede quedar oculto por esta noche en la cabaña que os sirve de asilo. Si el ejér-

cito se declara por vos, nada habreis aventurado. Si la insurreccion es vencida, si vos no podeis salvaros... Alberto logrará fácilmente escapar con vuestro hijo y llevarlo á Bohemia, donde combate vuestro esposo.

ALB. Señora, por la memoria de mi padre yo os juro salvarle, suceda lo que quiera. (Con entereza.)

KELSEN. ¡Pensad que de este medio va á depender vuestro porvenir y el suyo!

TERESA. (Decidiéndose.) Pues bien, Kelsen, que Dios nos inspire.—Partamos.

KELSEN. Un momento. Yo, para no infundir sospechas, voy á esperaros al pié del sendero que conduce al monasterio. Alberto os acompañará hasta allí dentro de diez minutos y...

TERESA. Alberto, tú me respondes de mi hijo!

ALB. Mañana le abrazareis feliz y victoriosa.—Vuestras órdenes, coronel.

KELSEN. Hé aquí las instrucciones para la sublevacion de esta noche. (Sacando un papel.)

TERESA. Dejadme ver... (Lo toma y lee para sí.)

KELSEN. (Bajo á Alberto.) ¡La lucha puede ser tenaz, sangrienta!

ALB. Nada temo, coronel. Partid: dentro de diez minutos...

KELSEN. Viene gente. (Marta aparece.)

ALB. ¡Idos! (A Kelsen, que se aleja.)

TERESA. Toma. (Le da el papel.)

ALB. ¡Oh! (Lo guarda vivamente. Pausa.)

MARTA. (Ap.) ¿Una carta? ¿Por qué la esconde al verme? (De léjos y con recelo.)

TERESA. (A Alberto.) Allí te espero. (Entra en la casa.)

MARTA. (Ap.) ¡Ah! si me estuviese engañando...

ALB. Ven acá, celosa mia; ven acá. (Tomando de repente un tono alegre para disimular.)

MARTA. (Enojada.) No: déjame.

ALB. ¡Qué! ¿Te enfadas cuando acabo de conseguir de la señora Teresa que sea madrina de nuestra boda?

MARTA. ¿De veras? ¿Estábais hablando de mí?

ALB. Y esta tarde misma he de comprarte el collar y la saya que te he prometido.

MARTA. Yo la quiero azul.

ALB. Azul, verde, como más te guste! (¡Ah, pobre Marta!)

MARTA. ¿Vamos á la feria?

ALB. Sí, sí, espérame un poco. Tengo que pedir mi jornal á la señora Isabel...

MARTA. Que no tardes.

ALB. No. (Besándola la mano.) (Apresurémonos.) (Entra vivamente en la casa.)

MARTA. ¡Oh! ¡Cuánto le quiero! ¿Por qué corren los segadores hácia el camino? (Yendo al fondo y subiéndose en una piedra para ver mejor. Salen el Conde y Enrico agitados. El Conde es el cazador 1.° de la escena primera. Enrico el 2.°)

ENRICO. Pero ese aviso...

CONDE. Me lo envian de Buda. María Teresa ha penetrado en el país. Se oculta con su hijo... ¡Ah! ¡Si cae en nuestro poder!...

ENRICO. Con razon habeis querido visitar estas aldeas disfrazado. Aquí se conspira sordamente. Apresuremos nuestro plan. Proclamemos mañana rey de Hungría á Federico II. Y si el pueblo se opone...

CONDE. No le temo. Ya no existen en Hungría los hombres cuyo prestigio nos infundia inquietud. El único que quedaba en la emigracion...

ENRICO. Georgey.

CONDE. Gracias á mí no existe. (Rumor, derecha.) ¡Ese rumor! (Escuchando.)

ENRICO. (Mirando.) Son los segadores de esta granja.

CONDE. Ven: no quiero que sospechen al vernos siempre entre ellos. (Se van.)

MARTA. ¡Mirad, mirad! (Señalando al camino.)

ISABEL. ¿Qué es eso, qué sucede? (Saliendo de la granja.)

ESCENA VI.

EL CORO acude alegremente por distintos lados, señalando al fondo. Sobre un montecito aparece GEORGEY en traje característico del país, con un cajoncito á la espalda y tocando una viola, instrumento de cuerdas y teclas. Canta desde el montecito acompañándose.

CANTO.

GEORG.

¿Quién al son
de mi viola
quiere cantar,
quiere bailar?
¡Eh! pastoras!
segadores!

vengan acá!
vengan acá!

CORO, MARTA, ISAB. ¡Oh, qué lindo
son de danza!
¡Eh! buen viejo,

(Georgey comienza á bajar tocando.)

llegue ya.
Toque pues,
que su trabajo
no perderá,
no perderá!

MARTA. (Trayéndolo de la mano desde el fondo.)
Venid y bailarémos,
venid, buen viejo, acá.

GEORG. (Dejándose conducir y mirando en torno suyo.)
¡Qué lindas aldeanas!
¡Qué campo tan feraz!

(Se separa de todos, se adelanta solo al proscenio y como inspirado por un religioso sentimiento, se quita pausadamente su sombrero y exclama con acento conmovido y ap.)

GEORG. ¡Salud, tierra de Hungría,
noble país!
¡Salud, valle risueño,
donde nací!
¡Sol de la patria mia,
te miro al fin!
¡Cuánto el pobre proscripto,
lloró por tí!

MARTA, ISABEL y CORO. (Unos á otros. Observándole á distancia.)
¿Por qué tan triste
quedóse ahí?

GEORG. ¡Salud!

MARTA, ISAB. y CORO. (A Georgey de léjos.) ¿Por qué murmura,
buen viejo así?

MARTA. (Acercándose á él cariñosamente.)
¿Qué teneis, pues?
Hablad, hablad.
Llorando estais!

GEORG. (Disimulando y sonriendo.)
¡Oh, no, no tal!

(Se enjuga vivamente una lágrima y exclama alegre y tocando.)

¿Quién al son

de mi viola
quiere cantar,
quiere bailar?

TODOS. Todos, todos
bailarémos:
la viola
suene ya.

GEORG. (Animado.) Al verme entre vosotros
me siento retoñar.

MARTA. (Animándole.)
¡A un lado penas!

GEORG. (Con alegre resolucion.) Sí.
Contigo he de bailar. (A Marta.)

CORO. (Al oirlo.) ¡Já, já, já!
¡Já, já! (Riéndose de él.)

(Varios aldeanos y aldeanas se sientan en el suelo formando círculo. Otros quedan en pié, preparados para el baile. En el centro Georgey y Marta.)

COPLAS.

GEORG. Pastora, ven,
que en dulce vaiven
se agita la danza.
¡Al diablo el redil!
Y alegre y sutil
salta y brinca y revuelve
tu talle gentil!

(Se pone á bailar con Marta tocando la viola.—Baile campestre característico.)

CORO. (Bailando.) Pastora, ven,
que en dulce vaiven
se agita la danza.
¡Al diablo el redil!
Y alegre y sutil
salta y brinca y revuelve
tu talle gentil.

(Alberto, saliendo con precaucion de la casa, guiando á María Teresa, se va con ella sin ser visto de los aldeanos.)

ALB. (Yéndose con María Teresa.)
Venid, señora.—Partamos. (Se van.)

COMPAÑÍA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN ORECION

HABLADO.

GEORG. ¡Hurra, Hungría! (Levantando el sombrero por alto.)

MARTA. ¡Si es mas ligero que una peonza!

GEORG. Ahora compradme lo que os agrade. (Poniéndose delante el cajon que trae á la espalda.)

MARTA. ¿Qué es eso? (Mirando con curiosidad.)

GEORG. ¡Al buhonero, muchachas! aquí traigo cintas de colores! ¡pendientes de coral! collares de perlas!

MARTA. ¡Collares!

GEORG. Vamos, hijos mios. Obsequiad á estas niñas. ¡Así me pagareis mejor mi trabajo!

MARTA. Y Alberto que no vuelve : él que me prometió regalarme... (Con impaciente deseo.)

ISABEL. Yo compro este brazalete. (Tomándolo.)

UN ALD. Yo estos botones. (Id.)

MARTA. (¡Y no tener dinero!) (Con pena.)

OTRO ALD. ¡Toma : este collar para tí! (Á una aldeana, delante de Marta.)

MARTA. ¡Un collar! (Triste.) ¡El que más me gustaba! (Se sienta en un lado con pena.)

GEORG. (Á los aldeanos, que se agolpan en torno suyo y le registran el cajon.) Eh, eh, las manos quietas, ajá, ¡Bravo! (Le pagan.) Gracias, muchachos. ¡Buena venta, por vida mia! ¿No hay quién quiera más? (Á todos.) ¿No? ¡pues ea, descansemos un poco! (Se dispone á quitarse el cajon.)

ISABEL. (A los aldeanos.) Venid, venid : vamos á enseñar nuestras compras. (Se van, pausa.)

GEORG. (Desde léjos al tiempo de quitarse el cajon mirando á Marta que continúa sentada en un extremo de la escena.)
¿Eh? ¿Qué hace ahí tan cabizbaja mi graciosa pareja?

MARTA. (¡Siempre ausente! Siempre buscando pretextos... Oh! No merece que le quiera tanto!)

GEORG. (Que la oye.) ¿Quién hija mia? (Acercándose á ella.)

MARTA. ¿Quién ha de ser? Mi novio.

GEORG. ¡Hola! ¿Novio tenemos?

MARTA. (Con enfado.) Pues qué, ¿os figurais que me he de quedar para monja?

GEORG. Y ahora que reparo... Tú no me has comprado nada.

MARTA. (Levantándose.) No señor; y creed que no me falta la voluntad.

GEORG. ¿Sí? pues mira, mira : elige. (Enseña el cajon.)

MARTA. ¡Dios mio! ¡Qué sortijas! ¡Qué relicario! (Sacándole del cajon.)

Me debe sentar muy bien... ¿Á ver? Á ver? (Se lo pone.)

GEORG. ¡Precioso!

MARTA. ¿Es muy caro?

GEORG. Dos florines.

MARTA. Uno.

GEORG. Uno y medio.

MARTA. Uno.

GEORG. Tuyo es.

MARTA. (Vivamente y alegre.) ¿De veras? Pues estamos corrient... (Se detiene con tristeza.) ¡Ay! si no tengo dinero!

GEORG. ¿No? Hija, ofreces muy poco.

MARTA. Tomad. ¡Soy tan pobre! (Tristemente.)

GEORG. ¡Voto á San Estéban! Una niña tan linda como tú no se ha de privar... Guárdatelo.

MARTA. ¡Cómo! ¿Me lo regalais?

GEORG. Sí: quiero obsequiar á mi pareja.

MARTA. Pero es posible que... (Muy contenta.)

GEORG. ¡Anda¡ ¡Corre! Busca á tu novio y enséñale mi regalo. (El Conde y Enrico aparecen en el fondo.)

MARTA. ¡Sí que lo haré! ¡Vamos! Si no sé cómo pagaros...

GEORG. Con un abrazo.

MARTA. ¡Toma! ¿Por qué no? A vuestra edad no hay peligro.... (Le abraza.)

GEORG. ¡Hola! ¿Quién te ha dicho á tí?..

MARTA. Hasta luego, ¿eh? ¡Alberto! Alberto! (Yéndose corriendo)

CONDE. (Saliendo por el fondo derecha y diciéndole bajo á Enrico.) Nuestros caballos, y partamos. (Enrico se va.)

ESCENA VII.

GEORGEY, el CONDE, en el fondo.

GEORG. ¡Ah! El aire que respiro me vuelve la alegría de mi juventud. (Observa cuanto le rodea.) Todo está como hace quince años. La misma casa: el mismo establo: la misma santa imágen ante la cual juré librar á mi patria de sus opresores!

CONDE. (Desde el fondo.) ¿Qué dice ese hombre? (Georgey se queda con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos caidos y las manos cruzadas delante de la Virgen que hay á la derecha. El Conde baja con curiosidad del fondo y le observa durante un buen rato.)

GEORG. (Alzando la cabeza y con ademan resuelto.) No es tarde aún: partamos.

CONDE. (Poniéndole una mano sobre el hombro.) ¿A dónde?

GEORG. (Volviendo la cara.) ¿Eh?

CONDE. (Reconociéndole y retrocediendo.) ¡Georgey!! (Con terror.)

GEORG. (Reconociendo al Conde.) ¡Roberto!! (Con alegría.)

CONDE. (Ap. con espanto.) ¡Vive!

GEORG. ¡Roberto! ¡Amigo mio! (Con extrañeza.) ¡Qué! ¿No me abrazas? ¿No estrechas mi mano como en otro tiempo? (Abrazándole.) ¡Roberto! ¿Qué ha sido de tí desde entonces? Mírame. Yo estoy pobre. Lleno de canas y de años! (Mirándole.) ¡Tú! ¡Tú al contrario, más jóven que nunca! ¡Oh! ¡Es verdad que tú no has visto morir á tu hijo!

CONDE. ¡Georgey!.. (Turbado.)

GEORG. ¿Te acuerdas de mi pobre Estéban? La noche que los austriacos nos vencieron, luchó como un héroe, y Dios hizo de él un martir!

CONDE. ¡Vienes de Italia!

GEORG. De Italia, amigo mio: ganándome el sustento como un miserable, pidiendo hospitalidad en las cabañas, sufriendo los rigores del sol y del frio!.. ¡Qué vida, Roberto, qué vida! La tuya no puede haber sido tan cruel.

CONDE. (¡Oh!)

GEORG. Por do quiera la soledad, por do quiera los peligros, la muerte!

CONDE. (Con interés secreto.) ¿La muerte?

GEORG. (Con sinceridad.) Sí. ¿Tú no sabes? Han querido asesinarme tambien.

CONDE. (Con ansiedad.) ¿Cuándo? ¿Cómo?

GEORG. Una noche; en Florencia. Un hombre me seguia sin cesar, me acometió con un puñal en la mano. Pero yo... ¡ah! El miserable cayó á mis piés sin pronunciar una sola palabra.

CONDE. (Con despecho reconcentrado.) ¡Le mataste!

GEORG. Y sobre él hallé pruebas de que era un asesino pagado por mis enemigos.

CONDE. (Con ansiedad.) ¿Pruebas?

GEORG. Sí, un bolsillo de oro y una carta sin firma, dándole mis señas y mandándole...

CONDE. (Mi carta!) (Se lleva con disimulo la mano á la daga.) ¿La llevas contigo?

GEORG. La tengo aquí grabada, Roberto. (Llevándose la mano á la frente.)

CONDE. ¿A qué has venido á Hungría?

GEORG. A vengar á mi hijo, ahora que la guerra me ofrece la ocasion de sublevar el país. Yo cuento aún con amigos fieles; yo sé que aún se levantarán mil brazos á la voz del viejo Georgey! (Con energía.)

CONDE. (Ap.) Sí, es verdad. Este hombre puede hoy ser útil á mis planes... Despues... no se me escapará.

GEORG. Tú vas á seguirme ¿no es cierto?

CONDE. Mejor todavía. Yo voy á poner en tus manos la venganza.

GEORG. Explícate.

CONDE. ¿Quieres que te diga quién guió el puñal de tu asesino?

GEORG. ¡Tú lo sabes!

CONDE. La emperatriz María Teresa.

GEORG. ¡Cielos!

CONDE. (¡Me ha creido!)

GEORG. ¿Cómo lo has descubierto?

CONDE. Fingiendo servirla.

GEORG. ¿Has merecido su confianza?

CONDE. Soy el gobernador de Buda!

GEORG. ¡Tú!! (Retrocediendo.)

CONDE. Sí... yo, que he querido asegurar de este modo el plan que hace tiempo medito.

GEORG. ¿Es posible? (Creyéndole.)

CONDE. (Ya es mio.)

GEORG. Dispon de mí como quieras.

CONDE. Pues bien. Lancemos á María Teresa del trono de Hungría. Secunda tú con tus amigos el golpe que yo preparo con mis soldados... (Bajo.) y ante todo ten en cuenta que en este país se conspira contra nosotros.

GEORG. ¿Cómo, quién?

CONDE. Eso es lo que me ha sido imposible averiguar. María Teresa se ha refugiado con su hijo en Hungría. Tal vez se esconde en estas inmediaciones.

GEORG. ¡Aquí! (Con interés.)

CONDE. Disimula. (Viendo venir á Marta.)

ESCENA VIII.

DICHOS y MARTA, que sale vivamente. Llega hasta el proscenio, se detiene pensativa y dice aparte.

MARTA. No lo puedo creer. (Pausa.) ¡Pero si lo he visto yo misma!

CONDE. (Ven.—Partamos.)

GEORG. Ya te sigo. Quiero recoger antes... (Se dirige á la silla donde dejó el cajon.)

MARTA. (Llevándose el delantal á los ojos.) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

GEORG. (Desde el otro lado.) ¿Qué es eso? ¿No le ha gustado al novio mi regalo?

MARTA. ¿Estabais ahí? (Volviendo la cara y sin moverse del lado opuesto.)

GEORG. (Acercándose á ella.) ¿Qué te pasa, hija mia? ¿Por qué lloras?

MARTA. (Llorando.) Yo no lloro.

GEORG. Si lo estoy viendo.

MARTA. ¡Dale! Es que me escuecen los ojos.

GEORG. Vaya, no me lo niegues.—¿Qué apostamos á que has reñido con tu novio? (Marta mueve tristemente la cabeza en señal negativa.) ¿No? Pues entonces te ha dado algun motivo... (Marta mueve tristemente la cabeza en señal afirmativa.) ¡Ah, pícaro!

MARTA. ¿Pícaro? Hacedme el favor de no insultarle. Yo le he de querer de todos modos: ¿estais? Y ninguno me ha de parecer mejor que mi Alberto. (Le vuelve la espalda, Georgey se rie.)

CONDE. ¡Alberto! (Vivamente, ap.)

GEORG. ¿Qué, le conoces? (Al Conde, ap.)

CONDE. Es un partidario de la emperatriz: tengo sospechas...

GEORG. Déjanos solos. (El Conde se va.)

MARTA. ¡Ah! veremos cómo se disculpa el ingrato. (Larga pausa, en la que Georgey medita lo que ha de hacer. En seguida se dirige á Marta con aire de confianza y le coge una mano. Todo esto lentamente.)

GEORG. (Cogiéndola una mano.) ¿En dónde está tu novio? (Trayéndola al centro de la escena.)

MARTA. ¿Para qué le quereis?

GEORG. Para regañarle.

MARTA. Sí, señor, sí; regañadle bien. Decidle que no es regular que pase dias enteros fuera de la granja.

GEORG. ¡Eh! Pasa dias enteros fuera de la granja... ¿y adónde va? (Con interés.)

MARTA. ¿Qué sé yo? De aldea en aldea, segun parece.

GEORG. Y siempre misterioso, siempre... (Sonsacándola.)

MARTA. ¿Cómo lo sabeis?

GEORG. ¡Toma! ¿no he sido jóven como él? (Disimulando.)

MARTA. Es decir que vos tambien engañabais á vuestra novia? Vamos, todos son iguales.

GEORG. (Trayéndola de nuevo cerca de él.) Ven acá, mujer, ven acá: ¿no llorabas más que por eso?

MARTA. ¡Toma! si eso fuera todo...

GEORG. ¿Luego hay más?

MARTA. (Siempre con las lágrimas en los ojos.) Esta mañana ha venido á la granja una labradora que nadie conoce. Alberto no hacia más que hablar con ella... bajito... muy bajito...

GEORG. ¿Y las señas de esa labradora?

MARTA. Jóven, airosa, muy entonada... ¡y más guapa que yo!

GEORG. (¡Oh! si fuese...)

MARTA. Ahora mismo acabo de verlos juntos. Se despedian al pié de la montaña... y Alberto le besó la mano. Esto sí que no lo sufro.

GEORG. (Ella es.)

MARTA. ¡Picardía! Con razon sospeché yo de aquella carta que ella le dió aquí, y que él ocultó al verme.

GEORG. ¿La ocultó? ¿Dónde?

MARTA. En un bolsillo.

GEORG. Si tú pudieras quitársela...

MARTA. ¡Yo! ¡Jesus, María!

GEORG. ¡Eh! ¡Tonta! Una novia cuando tiene sospechas debe averiguar...

MARTA. Sí, pero una novia que no sabe leer...

GEORG. Yo me encargo de hacerlo por tí.

MARTA. ¡Oh! ¡No! ¡Jamás! Eso seria...

GEORG. Pues bien, deja que esa mujer te quite tu novio, deja que Alberto te engañe.

MARTA. ¿Engañarme? ¿Él? Imposible.

GEORG. Te digo que sí, y que eres una simple, que no sabes burlarte de tu rival. ¡Anda, anda! Ella se burlará de tí.

MARTA. No, eso no. (Con despecho.)

GEORG. Tú podrias coger el hilo de esta intriga dándome á leer la carta, y luego se la devolverias sin que él lo conociera.

MARTA. Es verdad. Yo así lo sabria todo... Él es. (Mirando al fondo y turbándose.)

GEORG. ¿Tu novio? ¡Animo!

MARTA. ¡Oh! sí. La duda es un tormento irresistible.

GEORG. Sonrie. Finge estar alegre.

MARTA. ¿Veis qué pensativo? (Por Alberto.)

GEORG. Ten valor. (Pausa.)

ESCENA IX.

DICHOS y ALBERTO, triste: por el bolsillo izquierdo de su chaqueta asoma el papel que le dió Kelsen.

ALB. ¿Eres tú, Marta?

MARTA. (Sonriendo forzadamente.) Sí. Yo, que... (Se me figura que me lo va á conocer en la cara.)

GEORG. (Ap.) Buena traza tiene el mancebo.

MARTA. (Despues de fijar sus ojos en el bolsillo donde está el papel.) ¿Vienes para llevarme á la romería?

ALB. No, vengo á despedirme de tí. (Conmovido.)

MARTA. ¡A despedirte!..

ALB. Sí: tengo que ausentarme por esta noche y... (Si muero y no la vuelvo á ver...

GEORG. (Desde léjos.) ¿Cómo es eso? ¡Ausentarse en una noche de fiesta! (Alberto lo mira con extrañeza.)

MARTA. Es un buhonero; y me ha regalado este collar.—No te vayas, Alberto. ¿Por qué me dejas? (Cariñosamente.)

ALB. Es indispensable... Un deber imperioso... (De pronto y dominado por su emocion, coge á Marta la mano y la dice con suma ternura y casi conteniendo una lágrima.) Marta ¿me quieres?

MARTA. ¡Más que á mi vida!

ALB. Y... ¿te acuerdas siempre de mí, cuando no estoy al lado tuyo?

MARTA. ¡Siempre!

ALB. (Abrazándola enternecido.) No me olvides jamás.

GEORG. (Ahora.) (Por detrás de Marta. Esta se turba y vacila mirando al bolsillo.)

MARTA. Alberto... (Buscando en sus brazos un refugio contra sí misma.)

GEORG. (Sin duda le espera tu rival.)

MARTA. ¡Oh! (Á las palabras de Georgey sus celos la exaltan y quita el papel á Alberto sin que este se aperciba de ello.)

ALB. ¡Marta! ¡Hasta mañana!

MARTA. (Con el brazo derecho extendido hácia atrás para ocultar el papel y como arrepentida, ap. y confusa.) ¿Qué es lo que he hecho?

GEORG. (Por detrás se acerca y le quita el papel que ella tenia en la mano.) ¡Ah! ¡mia es! (Baja vivamente al proscenio para leerlo.)

MARTA. (Siguiendo á Alberto y con acento doloroso.) ¡Alberto, Alberto!

ALB. (En el fondo y notando la agitacion creciente de Marta.) ¿Qué tienes? Tus ojos están bañados en lágrimas.

MARTA. ¡Oh! ¡no te vayas! (En el fondo.)

GEORG. (En el proscenio, lee con agitacion y exclama.) ¡Qué veo! ¡Una sublevacion! ¡Esta noche! ¡Al toque de ánimas! ¡Cielos! ¡María Teresa y su hijo en la cabaña de ese hombre! (Marta en el fondo ha querido detener á Alberto. Este se desprende de ella y se va exclamando con voz conmovida.)

ALB. ¡Adios! (Se va.)

MARTA. ¡Me deja! ¡Desoye mis ruegos! (Baja rápidamente á la escena.) Ah ¿qué es lo que dice esa carta? Leed.

GEORG. Esta carta..... (Concibiendo de pronto una idea sin que Marta lo coconozca.) ¡Esta carta es una cita de amor!

MARTA. ¿Una cita?

F. JOSÉ. (Que sale y dice mirando en fondo hácia donde va Alberto.) Pero ¿á dónde va Alberto corriendo como un gamo?

MARTA. Y bien.—Esa cita...

GEORG. Es para esta noche.—Con esa labradora.

MARTA. ¡Oh! ¡Un medio! ¡Un medio de evitarla! (Fray José bajando naturalmente sin ser visto, oye estas palabras y se detiene á escuchar.)

F. JOSÉ (Ap.) ¿Eh? ¿Qué?

GEORG. Sí. Es preciso que Alberto no salga de su cabaña, yo sé que allí debe esperar la hora.—Esta carta lo explica todo. Aguarda. (Va corriendo á la silla que hay en la izquierda y busca en su cajon.)

MARTA. ¿Qué buscais?

GEORG. Toma este pomito. Penetra á toda costa en la cabaña de tu amante. Unas gotas de este licor en un vaso de agua, le causarán un sueño profundo.

F. JOSÉ. (¡Sopla!)

MARTA. ¿Eh? Ese pomo... Tengo miedo. (Mirándolo con temor.)

GEORG. Si Alberto sale esta noche, lo pierdes para siempre. Decídete.

MARTA. (Con resolucion.) Dadme... (Toma el pomito.)

GEORG. Yo te acompañaré hasta la puerta de la cabaña.

MARTA. Pero leedme esa carta.

GEORG. Luego: más tarde. (Rumor.) ¿No oyes? Viene gente. (Música.)

MARTA. Sí, los habitantes de las aldeas vecinas que se reunen para la romería. (Crece su agitacion y se separa de Georgey.) ¡Oh! ¡Mi cabeza se arde, mi corazon se quiere saltar del pecho!

F. JOSÉ. ¿Qué misterio es este? (Ap.)

MARTA. (Mira la imágen de la Vírgen y corre á arrodillarse delante de ella.) ¡Ah, madre mia!

COMPAÑIA DE ZARZUELA * EMPRESA

ISABEL. (A los aldeanos desde el fondo.) ¡Por acá, amigos, por acá!
F. JOSÉ. ¡Bravo! ¡Cada aldea trae su música al frente!
GEORG. ¡Roberto! ¡Roberto! (Llamando por la izquierda. El Conde sale: Georgey habla bajo y vivamente con él, le muestra el papel y se agitan el uno y el otro como tomando una resolucion. Entre tanto asoman tres comparsas de otras tantas aldeas. Cada comparsa trae su música de tamboril, gaita, etc. y visten distintamente. Salen unas despues de otras y por diferentes lados. Muchos segadores ocupan el fondo tambien.)

ESCENA X.

DICHOS, el CONDE, COMPARSAS de las aldeas, ISABEL.

1.ª COMP. (Al son de sus instrumentos.)
Al monte, pues,
marchad, marchad,
la romeria
comienza ya.

—

2.ª COMP. (Por otro lado.)
Al monte, pues,
marchad, marchad,
placer la noche
nos brindará.

—

3.ª COMP. Al monte, pues,
cantad, cantad.
TODOS. La romeria
comienza ya.
¡Lá, lará, lá, lá,
laralá, etc. (Siguen andando y talareando.)
MARTA. (Arrodillada delante de la Vírgen.)
¡Ah! piedad!
Santa Vírgen María,
si él me olvida
la muerte me da!...
CONDE. (Ap. á Georgey.)
¡Al arma! Ni uno solo
con vida ha de quedar.
GEORG. (¡Estéban! ¡Hijo mio!
vengarte puedo ya!)
F. JOSÉ. La procesion (En medio de todos.)

empieza ya.
(Yo luego á entrambos
he de atisbar.) (Mirando á Marta y Georgey.)

CORO. ¡Al monte, pues!
¡Cantad, cantad!
¡Placer la noche
nos brindará!
¡Lá, lá, lá, lá!

(Las comparsas se ponen en órden y marchan. Salen carros adornados de flores y llenos de aldeanas y se van alejando. Georgey hace una seña al Conde, que se va: en seguida se acerca á Marta, que aún está de rodillas y le toca en el hombro. Marta vuelve la cabeza y lo mira. Georgey queda con la mano izquierda en el hombro de Marta y con el brazo derecho extendido, figurando indicarla que es preciso partir á la montaña. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

ACTO SEGUNDO.

El teatro está dividido en dos partes, una alta y otra baja. La baja representa el interior de una cabaña, construida con troncos de árboles, piedras del camino y paja. Esta cabaña está pegada al monte, y ocupa las dos terceras partes de la escena. La parte superior representa una montaña agreste, que empieza desde el mismo techo de la cabaña y ocupa todo el escenario hasta el fondo, elevándose á la mayor altura posible y formando distintos senderos, abiertos entre las rocas y la maleza. La tercera parte baja del proscenio que deja libre la cabaña. figura una bajada de la montaña. La puerta de la cabaña está al costado, dando á esta bajada. En el interior hay dos puertas, una pequeña al fondo y otra á la izquierda del público. Una mesita de madera tosca; dos escaños hechos de ramas de árboles; algunos instrumentos de labor, colocados aquí y allí. En la pared hay colgado un arcabuz.

Es de noche. La cabaña está alumbrada por un farolito colgado junto á la pared. A la izquierda hay una cuna, formada de paja y ramas, dentro de la cual se ve á un niño de un año, durmiendo. Al lado de la cuna, y sentado en un escaño, está Beltran, escudero, dormido y con un arcabuz entre los brazos.

Durante algunos momentos la orquesta ejecuta algunos compases pintando la soledad de aquel sitio y la calma de la noche. En seguida se ve en lo alto de la montaña á Alberto, que va bajando lentamente. Al llegar al sendero que hay encima de la cabaña, se detiene, saca un cuerno de caza y da un sonido prolongado. A este sonido responde otro más lejano, y á este otros dos ó tres en distintas direcciones. Alberto los escucha con ansiedad y satisfaccion, y baja hasta la puerta de la cabaña. La orquesta continúa muy piano.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, BELTRAN.

ALB. (Llamando á la puerta.) Beltran. (Beltran, despertándose inquieto, se levanta vivamente y prepara su arcabuz, quedándose escuchando. Pausa.) Abre, Beltran, soy yo.

BELT. (Acercándose á la puerta.) ¿Alberto?

ALB. Sí, no temas. (Beltran abre la puerta. Alberto entra.)

BELT. ¿Y la emperatriz?

ALB. Está segura. El coronel Kelsen la acompaña. Nosotros velarémos por su hijo.

BELT. Mira. (Señalando á la cuna.)

ALB. (Se acerca á la cuna, se quita el sombrero con respeto y se queda un instante mirando al niño.) ¡Dios le proteja! (Los sonidos anteriores se repiten por la montaña y se ven asomar por distintos senderos hombres que con ademan y paso misterioso bajan hácia la cabaña.)

BELT. ¿No escuchas?

ALB. Son nuestros amigos.

BELT. ¿Ha sonado ya la hora?

ALB. No, pero los jefes de las aldeas vienen á saber la señal.

BELT. ¿Y mañana marcharémos sobre Buda?

ALB. Si esta noche triunfamos.

BELT. Ellos son. (Aplicando el oido.)

ALB. Abre. (Beltran abre la puerta. Los jefes de las aldeas penetran en la cabaña. Beltran cierra la puerta despues que han entrado.)

CANTO.

JEFES. (A Alberto.)
Fieles
á la voz tuya,
prontos
á pelear,
todos en la montaña
ocultos esperan
que des la señal.

ALB.
Oid.
Antes
que el son de alarma
con eco terrible
se escuche vibrar,
del niño príncipe
sobre la cuna
vencer ó morir,
amigos, jurad.

—

(Beltran pone la cuna en medio: todos se descubren con veneracion exclamando:)

JEFES. Dios salve al inocente
príncipe real.

ALB. Mirad. (Señalando al niño.)
Ya su dulce, ligera sonrisa
la victoria parece anunciar.
De una madre la voz nos implora!
Como buenos juremos luchar.

JEFES. De una madre la voz nos implora!
Como buenos juremos luchar.

ALB. (Extendiendo el brazo sobre la cuna.)
Juremos.

JEFES. (Haciendo lo mismo.)
Juremos.
¡Como buenos juremos luchar!

ESTROFAS.

ALB. ¡Montañeses,
la noche sombría
nos infunde
misterio y valor!
Por las libres
montañas de Hungría
den las trompas
su bélico son. (Ecos de trompas.)

JEFES. (Respondiendo al eco con acento pronunciado.)
Den su son...

ALB. ¡Al arma!!...

TODOS.

¡Montañeses,
la noche sombría
nos infunde
misterio y valor!
Por las libres
montañas de Hungría
den las trompas
su bélico son.

(El Conde y Enrico aparecen en la montaña por el sendero que hay encima de la cabaña.)

CONDE. ¿Los has visto entrar?

ENRICO. Sí.

CONDE. ¿Y tu gente?

ENRICO. Toda permanece emboscada.

CONDE. Las tropas deberán llegar dentro de media hora.

ALB. (En la cabaña á los Jefes.) No lo olvideis. Cuando las campanas del convento den el toque de ánimas, alumbrará la montaña el resplandor de una hoguera. Esa será la señal. El punto de reunion sobre estas cumbres. Partid, amigos mios. (Dándoles la mano.)

ENRICO. Ya salen. (En la montaña.)

CONDE. Ocultémonos. (Se ocultan.)

(Los Jefes de las aldeas salen y se marchan por el monte en distintas direcciones. Alberto descuelga su arcabuz y se pone á examinarlo. Beltran coge la cuna y entra con ella por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ALBERTO y BELTRAN en la cabaña. El CONDE y ENRICO en el monte.
F. JOSÉ.

F. JOSÉ. (Dentro por el monte.) ¡Eh! ¡quieta mula! ¿A que no se deja atar al árbol en toda la noche? ¡Ajajá! (Saliendo por el lado izquierdo, encima de la cabaña.) Así. (Mirando hácia adentro.) Sé humilde, hija mia. Creo que si me descuido me planta un par de coces. ¿Eh? (Levantando de pronto la cabeza.) ¿Qué es lo que me ha enfriado la nariz? (Se toca.) ¡Calle! ¡Está lloviznando! ¡Anda! Y yo fuera del convento... y en medio de la montaña. Pero cuando se trata de prevenir á un amigo, que le quieren dar un jarope para que se duerma *velis nolis*...: Por fortuna llegaré á tiempo. Yo he dejado la romería en el camino, y Marta no puede haber adelantado á mi mula, que...

CONDE. (Desde donde está oculto.) ¡Alto!

F. JOSÉ. ¿Eh? ¿Más alto de lo que estoy?

CONDE. ¿Quién va?

F. JOSÉ. Uno que viene... ¡Pues hombre, me gusta!...

CONDE. (Presentándosele.) Alto digo. (Con una pistola en la mano.)

F. JOSÉ. ¡Ay! Eso ya es otra cosa. (¡Santo Cristo del Calvario!)

CONDE. ¿Qué buscas por aquí?

F. JOSÉ. ¿Yo? Flor de malva para el padre guardian.

CONDE. (Con tono brusco.) ¡Mientes!

F. JOSÉ. (Remedándole.) No miento, que su reverencia está acatarrado.

CONDE. Monta en tu mula y aléjate de aquí sin demora.

F. JOSÉ. Se me figura que esta voz... Calle, vos sois el...

CONDE. ¡Chiss! (Amenazándole con la pistola.)

F. JOSÉ. (¡El Diablo!)

ENRICO. (Apareciendo por el otro lado y apuntando á F. José con una pistola.) Hermano... tenga la bondad...

F. JOSÉ. Si señor, no hay que molestaros... Hombre, ¿quereis apartar ese cañon?

ENRICO. (A F. José.) Partid.

F. JOSÉ. (Así te se partiera... ¿Qué significará esto?)

CONDE. Os acompañaremos hasta la senda que conduce al convento.

F. JOSÉ. (¡No te voy á dar flojo esquinazo!) Con muchísimo... (disgusto.)

CONDE. ¡Pronto!

F. JOSÉ. (Remedándole) Ya voy.

ENRICO. ¡Chiss! ¡No hay que gritar!

F. JOSÉ. (Gritando.) ¡Si no grito!

ENRCO y CONDE (Cogiéndole del brazo.) ¡Chiss!

CONDE. (A Enrico y llevándose del brazo á F. José.) Quédate tú. (El Conde se vá con F. José. Enrico permanece en un lado de la montaña.)

ESCENA III.

ALBERTO en la cabaña. En seguida MARTA y GEORGEY.

ALB. (Sentado, mirando su arcabuz y su cuchillo de monte.) Mis armas están listas... y dentro de una hora se habrá tal vez empeñado la lucha. Si la emperatriz no lograse el apoyo de las tropas... Si en estos momentos se hubiesen apoderado de ella... (Se levanta.) ¡Oh! en tal caso asaltariamos el monasterio y... (Marta y Georgey han aparecido en la cumbre y van bajando.) ¡Pobre Marta! Cuán agena estarás de los peligros que voy á correr! ¡Con qué ansiedad esperas el dia para verme... y acaso ya nunca!... ¡Oh, esta idea!... (Apoya una mano sobre la mesa y queda pensativo. Marta y Georgey han llegado á la bajada. Marta viene conmovida. Al llegar junto á la cabaña se detiene y mira á Georgey.)

GEORG. ¿Es esta la cabaña?

MARTA. Sí señor. (Con acento desmayado, pero natural.)

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

GEORG. ¿Qué tienes?

MARTA. No sé, pero estoy como quien va á cometer un delito.

GEORG. ¡Bah! ¡Tonta! Por hacerle dormir una hora... Yo en tanto me presento en el lugar de la cita; alejo á tu rival para siempre...

MARTA. ¿Para siempre, si? ¡Oh! ¡Decid á esa mujer que Alberto es mio! Mio sólo.

GEORG. Pierde cuidado. (Se pone á escuchar á la puerta.)

MARTA. ¿Qué haceis?

GEORG. Ver si hay con él alguna persona...

MARTA. ¡Cómo! ¿Pensais?...

GEORG. (Despues de meditar un poco.) ¿Podrias penetrar de modo que no no se apercibiera de tu llegada?

MARTA. No sé... ¡ah! sí señor.—Por el otro lado la cabaña tiene una ventana baja...

GOERG. Pues mira si está abierta y si puedes penetrar por ella. Escucha: una vez dentro... observa con mucho disimulo si hay alguien oculto.

MARTA. ¿Alguien?

GEORG. Sí: yo tengo mis sospechas. En tal caso no te des por entendida, ¿estás? Y cuando le haya rendido el sueño me abres la puerta...

MARTA. ¿Para qué?

GEORG. Para que yo venga á contarte mi entrevista con tu rival.

MARTA. Sí, sí. Teneis razon.

GEORG. Apresúrate, y mucho disimulo.

MARTA. Por aquí. (Señalando detrás de la cabaña.)

GEORG. Vé.

MARTA. (Muy conmovida.) (Estoy temblando.) (Desaparece por detrás de la cabaña.)

ESCENA IV.

ALBERTO, que se ha puesto á escribir, en la cabaña. GEORGEY, á la puerta. ENRICO, en la montaña. Despues BELTRAN.

GEORG. La montaña está llena de conjurados.—El menor grito puede descubrirnos y... hay que proceder con cautela hasta que lleguen las tropas de Roberto.

ENRICO. (Bajando á donde está Georgey.) ¿Sois vos?

GEORG. Sí. La pastora va á penetrar en la cabaña.

ENRICO. ¡Mi gente está aquí! (Señalando á la derecha, dentro.)

GEORG. (Escuchando.) ¡Calla!

ALB. (A Beltran, que aparece en la puerta del fondo de la cabaña.) Beltran, ya es tarde. Sube á la cumbre vecina... y enciende la hoguera apenas suene el toque de ánimas.

GEORG. ¡Oh! (Habla bajo con Enrico, y este se va corriendo.)

BELT. ¡Alberto! (Dándole la mano.) Que Dios nos dé la victoria.

ALB. Así lo espero.—Apresúrate. (Georgey se separa vivamente de la puerta. Beltran la abre y sale. Alberto la cierra. Beltran sube por la montaña, Enrico sale con cuatro hombres y le sigue con ellos agachándose por el sendero para no ser visto.)

GEORG. (Solo.) ¡Ah! ¡María Teresa! ¿Qué mal te hizo este pobre viejo para desear su muerte? ¡Por qué tan jóven abrigas en tu corazon tanta perfidia! El cielo ha querido poner en mis manos tu suerte y la de tu hijo! (Dentro música campestre, y el coro de la romería del final del primer acto.) Los aldeanos vuelven de la romería. Quitémonos de aquí, y esperemos oculto entre estas rocas. (Desaparece. Las comparsas de aldeanos cruzan por lo más alto de la montaña, cantando y tocando.)

CORO.

Venid, venid
cantad, cantad,
placer la noche
nos brindará.
¡Lá! Lará, lá, lá!
¡Lá, lará, lá, lá! (Se van alejando.)

(En el entre tanto Alberto se ha sentado á escribir á la mesa, de frente á la puerta de la cabaña. Marta ha aparecido silenciosa en el umbral de la puerta izquierda, y desde allí mira á Alberto, que está de espaldas y no la ha visto. Marta está agitada é indecisa; mientras dura el coro los dos personajes permanecen en la misma actitud.)

ESCENA V.

ALBERTO, MARTA.

ALB. Esta carta... para ella. (Concluido el coro.)

MARTA. (¿Qué hace?)

ALB. Si Dios ha dispuesto que yo esta noche muera, mañana la encontrarán aquí, y Marta me perdonará sabiendo... (Se levanta, se vuelve y ve á Marta y exclama.) ¡Cielos!

MARTA. Yo soy.

ALB. Tú! á estas horas... (Oh, si descubre...)

MARTA. (Conteniendo su emocion y queriendo sonreir.) No me esperabas ¿Eh?

ALB. Pero ¿cómo has entrado?

MARTA. Por ahí. (Señala á la puerta izquierda.)

ALB. ¡Marta! ¿Qué significa tu venida? ¿Por qué has abandonado la granja?

MARTA. ¿Yo? Es muy seneillo. Para ir á la romería...

ALB. ¿Sola?

MARTA. (Vivamente.) No. Con los aldeanos que acaban de pasar. Tú no has querido acompañarme, no te he visto... temí que te hubiese sucedido algo y... (Mira con curiosidad y disimuladamente en torno suyo.)

ALB. (Mas tranquilo.) ¿Sí? ¿Vienes por eso? Pues ya lo ves, nada me ha sucedido. (Disimulando.)Pero me sentia cansado. El trabajo ha sido rudo hoy... el sueño me rinde y... siento que te vuelvas sola á la granja. Así pues, mientras más pronto bajas la montaña... (Hace un movimiento hácia la puerta.)

MARTA. (Con ironía.) ¿Deseas que me vaya?

ALB. No. Marta mia, no, pero... (Qué impaciencia...)

MARTA. (¡Quiere acudir á la cita!) (Con despecho.)

ALB. Ven. Sal por aquí. (Señalando á la puerta. Cogiendo de la mano á Marta y pasándola por delante de él hasta dejarla cerca de la puerta.) Mañana temprano iré á buscarte para que vayamos á la feria de Buda. Con que, ¡buenas noches, Marta mia! (Marta se detiene : pausa.) buenas noches.

MARTA. (¡Ah!)

ALB. ¿Qué tienes?

MARTA. ¿Yo? nada. (Sonriendo.) Sólo quisiera...

ALB. Habla.

MARTA. Tengo sed.

ALB. ¡Y no me lo decias! ¡Aguarda! (Va á un armario y saca un vaso de cuerno y un jarro.)

NARTA. (¡Es preciso!) (Saca el pomito.)

ALB. Toma. (Va á servirle el agua.)

MARTA. No, sola, no : el agua del monte es tan cruda...

ALB. (Trayendo otro jarro.) ¿Quiéres unas gotas de vino? (Le echa.)

MARTA. Sí, con eso beberás conmigo, brindarémos á nuestra boda.

ALB. Con mucho gusto, pero mira que es tarde.

MARTA. Me iré en seguida. (Pausa. Marta, mientras Alberto se sirve en pié vi-

no, medita cómo ha de echarle en el vaso el narcótico. En seguida dice.)
Tráeme un asiento.

ALB. Voy. (Va por un escaño. Marta vivamente echa unas gotas del pomo en el jarro del vino. En esto se vuelve Alberto.)

MARTA. ¡Ah!! (Se queda turbada.)

ALB. ¿Qué te pasa? (Con el escaño en la mano y parándose.)

MARTA. ¿A mí?

ALB. (Esa turbacion...)

MARTA. (Si recelará...) (Pausa.) ¿Qué ibas á hacer cuando yo entré?

ALB. Iba á acostarme.

MARTA. ¿Estás sólo?

ALB. Sí... (Mirando con recelo á la habitacion en donde está oculto el niño.)

MARTA. (Que ha seguido con la vista las miradas de Alberto, di e ap.) (¿Qué es lo que mira?)

ALB. ¿No bebes?

MARTA. Sí, sí, bebamos. (Alberto le pone cerca el escaño. Marta se sienta. Alberto se sienta tambien en el lado de la mesa que da á la puerta. En seguida se sirve vino, coge el vaso y dice brindando.)

ALB. A nuestro cariño. (Va á beber, Marta lo mira con una ansiedad tal, que Alberto, al llevar el vaso á los labios, se detiene y la dice con naturalidad.) ¿Qué es eso, Marta mia, por qué palideces?

MARTA. ¿Yo? No tal. Sigue. (Con voz conmovida.) Brindemos por nuestro... (Las lágrimas se agolpan á sus ojos y no la permiten continuar. Se cubre los ojos con la mano.)

ALB. (Inclinándose sobre la mesa y sorprendido.) ¿Lloras?

MARTA. (Vivamente.) No. Al contrario, estoy muy contenta de verte y...

ALB. ¿Y te vuelves á la granja?

MARTA. (Se levanta.) ¡Tú lo deseas!

ALB. Sí, porque... (Mira inquieto al rededor y se levanta.) Ya es hora.

MARTA. ¿Hora de qué?

ALB. (Moviéndose con agitacion.) (¡Oh!!)

MARTA. Acaso... te has acordado de que tenias que salir... (Alberto la mira.) ¡Oh! Sí: tú tienes que salir, te lo conozco. (Vivamente y con ironía.)

ALB. No, pero...

MARTA. Alguien te espera sin duda.

ALB. ¿A mí?

MARTA. ¡Pues! Y el momento se aproxima...

ALB. El momento...

MARTA. ¡Oh! Ya es inútil que salgas, ya no te esperarán.

ALB. ¿Cómo? (Con interés.)

MARTA. (Con fuerza.) ¡Yo he sabido desbaratar esa cita!

ALB. ¿Qué dices?

MARTA. No te molestes. La hora sonará, y sin embargo... (El toque de ánimas de las campanas del monasterio, se oye á lo léjos con sonido acompasado y triste.) Escúchala.

ALB. ¡El toque de ánimas! (Las campanas continúan durante los cuatro ó seis versos del duo.)

CANTO.

DUETINO.

MARTA. (Con aparente calma.)
Escucha. ¡La hora es esa!
más nada esperes ya.
(Con aire de triunfo.)
¡Tu pérfido deseo
burlado quedará!

ALB. (Sin comprender.)
¡Habla! ¿Qué arcano horrible
me quieres ocultar?
¿Qué irónica sonrisa
en tí miro brillar?

MARTA. (Sonriendo con los brazos cruzados.)
¿No lo adivinas?

ALB. No;
¡mas tiemblo á mi pesar!
(Pausa. Andantino. Escuchando con ansiedad.)
(Nada se oye:
silencio fatal!
¡La calma de la muerte
reinando está.)

MARTA. (Ap. y observándole.)
(Inquieto escucha:
partir quiere ya!
¡Ingrato, ten al menos
de mí piedad!)

—

ALB. (Ap.) ¿Qué hacen los nuestros?
¿qué hace Beltran? (Abriende la puerta.)

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

¿Acaso ya la hoguera...
(Mirando al monte.)
¡No!... (Mirando: pequeña pausa.)
(Con terror.) ¡Profunda oscuridad!
—
(Volviendo al interior.)
Marta... responde al punto.
¿Tú sabes?... Habla. Dí.

MARTA. ¡Yo sé que estoy celosa!

ALB. (Sin comprender.)
¿Y qué?

MARTA. Yo el papel ví,
(Con ironía.) que esa linda labradora
en la granja te entregó...
y que tú de mí guardaste.

ALB. (Confuso.) No comprendo... Tú... ¡Gran Dios!
(Llevándose la mano al bolsillo y echando de menos el papel.)

HABLADO. (Con orquesta.)

MARTA. ¡No lo busques: está en poder del que me leyó su contenido! Esa cita que...

ALB. ¡Desgraciada! ¿Qué has hecho?

MARTA. (Retrocediendo admirada.) ¿Cómo?

ALB. (Ap.) ¡Dios mio! Si nos han descubierto... si á estas horas tal vez...

DENTRO. (La voz de Beltran.) ¡Alberto! Alber... (La voz queda ahogada.)

ALB. (Ap.) ¡Esa voz, ese acento ahogado! ¡Es Beltran! ¡Sí! Beltran, á quien acometen sin duda! (Cogiendo su arcabuz.) ¡Ah! (Exclamacion cantada. Va á irse. Marta le detiene.)

CANTO.

MARTA. ¿A dónde vas? ¡Detente!

ALB. ¡Aparta, vive Dios!

MARTA. ¡Alberto! ¡Alberto mio!
¡Ah, no te vayas, no!

ALB. En vano detenerme
intentará tu voz.
¡Maldigo de tus celos!

¡Maldigo de mi amor!

MARTA. ¡Escucha, por piedad!

ALB. ¡Aparta, vive Dios!

MARTA.	ALBERTO.
¿A dónde vas? Detente!	En vano detenerme
¡Escúchame, por Dios!	intentará tu voz.
¡Alberto! Alberto mio!	¡Maldigo de tus celos!
¡Ah, no me dejes no!	¡Maldigo de mi amor!

(Alberto se desprende de ella y echa á correr por la montaña con el arcabuz al hombro. Marta se queda de rodillas cubierto el rostro con las manos.)

ESCENA VI.

MARTA sola.

¡Se ha ido! ¡Maldiciendo de mí! (Se levanta.) ¡Qué! ¿Hasta ese punto me han robado su cariño? ¡Esto es imposible! Otra causa sin duda... ¿Pero cuál? (Meditando.) ¿Qué misterio?... Esa voz que sonó hace un instante... Y el buhonero que sospechaba que hubiese alguien oculto en la cabaña... No sé. No puedo adivinar... Alberto estaba sólo: aquí no se advierte señal alguna de... (Abre la puerta del fondo y retrocede.) ¡Cielos!... ¡Esa cuna!... ¡Ese niño!...

GEORG. (Escuchando á la puerta por fuera.) ¿Eh?

MARTA. Ese niño es de Alber... ¡Oh no, no! (Llorando) eso seria una infa... (Rompe en sollozos.)

GEORG. ¡Ah, María Teresa, tu hijo está en mi poder! Entremos. (Va á entrar, pero ve salir al lego y retrocede.) ¡Oh!

ESCENA VII.

DICHOS y F. JOSÉ por la puerta izquierda del interior de la cabaña.

F. JOSÉ. ¡Marta! ¡Hermanita!

MARTA. ¿Quién? (Reponiéndose.) ¡Ah! ¿Sois vos?

F. JOSÉ. Yo, que traigo un miedo más grande que una catedral. ¿En dónde está Alberto?

MARTA. No lo sé. (Muy conmovida.)

F. JOSÉ. (Temblando.) Vooo... voy á cerrar la puerta. (La cierra.) Estam... estam... estamos frescos.

MARTA. ¿Por dónde habeis entrado? (Siempre conmovida, así como en el resto de la escena.)

F. JOSÉ. Popo... pooor la ventana: cada uno entra por donde puede. ¿Pero en dónde está Alberto? Vos debeis saberlo. Todas las muchachas saben siempre dónde está su novio.

MARTA. (Llorando.) ¡Sí! Cuando las aman de veras, cuando no las engañan.

F. JOSÉ. (Reparando en la agitacion de Marta.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué teneis?

MARTA. (Llorando.) ¡Mirad! (Señalando al cuarto del fondo.)

F. JOSÉ. (Viendo al niño.) ¡Hui! ¡Ya pareció el peine!

MARTA. ¡Un niño! ¿Lo habeis visto bien?

F. JOSÉ. (Y Alberto que dijo que la suerte del convento dependia...)¿Cómo os habeis atrevido á brujulear? *Quare curiositatem tuam vienit infundere timore in anima mea.* (Yo no sé latin, pero hay que hacerla callar.)

MARTA. ¿Cómo está aquí ese niño? ¿de dónde ha venido?

F. JOSÉ. ¿Qué sé yo? Habrá nacido él solo, como los hongos. (Bajo á Marta.) Pero aquí, hermana, lo peor no son los chicos; lo peor son los grandes!

MARTA. ¿Eh?

F. JOSÉ. La montaña está cuajada de asesinos... y ese buhonero amigo vuestro debe ser el capitan de la cuadrilla.

MARTA. Ese buhonero...

F. JOSÉ. Sí. Yo conozco la intriga en que os ha metido. Pero no os fieis. (Bajo.) Burlando la vigilancia de otro fariseo que me encontré hace poco, pude volver aquí y até mi mula ahí (Señalando hácia la puerta izquierda.) junto á la ventana baja. De pronto oí hablar, eran vuestro hombre y el mio que estaban detrás de unas rocas. Alberto dormirá, decia el buhonero... y yo entretanto daré el golpe. No entendí más, pero esto del golpe basta.

MARTA. ¡Cielos!

F. JOSÉ. Hé ahí explicado el por qué os dió ese narcótico fingiendo interesarse por vos.

GEORG. (Desde fuera y ap.) Es preciso entrar á toda costa.

MARTA. Yo me confundo...

F. JOSÉ. Yo tambien; pero en vez de confundirnos hay que pensar en que Alberto está amenazado de algun peligro. Que por mucho que os haya ofendido, vos debeis...

MARTA. ¡Oh! Sí. Alberto antes que todo.

GEORG. (Cantando fuera.) ¿Quién al son
de mi viola
quiere cantar,
quiere bailar?

F. JOSÉ. ¿Oís?

MARTA. El buhonero.

F. JOSÉ. ¡Para bailar estamos! ¡Háse visto tunante!..

MARTA. Yo quedé en avisarle, y sin duda canta para darme á entender que desea entrar.

F. JOSÉ. Por eso le ví dirigirse á la cabaña, y yo entré por ese lado para no ser descubierto. El bribon cree sin duda que Alberto ha tomado el narcótico.

MARTA. Sí. Pero mirad. (Señalando á la mesa.) Alberto no bebió.

F. JOSÉ. (Pasando junto á la mesa.) ¿Está aquí la droga?

MARTA. En ese jarro blanco.

F. JOSÉ. ¡A ver como se la servís!

MARTA. ¿Qué intentais?

F. JOSÉ. Inutilizar á un enemigo. Eso por el pronto. Despues... (Georgey da dos golpecitos á la puerta.)

MARTA. ¡Ya está ahí!

F. JOSÉ. Abridle, ponedle buena cara... y haced lo que os he dicho.

MARTA. Pero...

F. JOSÉ. No nos queda otro remedio. Abrid. (Marta abre.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GEORGEY. Fray José se sienta con ademan contrito en el lado izquierdo de la cabaña y junto á la puerta lateral.

GEORG. (Desde el umbral.) ¿Se durmió?

MARTA. No. Se ha ido.

GEORG. (Entrando.) Se ha ido. (Ve al lego.) ¿Eh?

F. JOSÉ. (Como rezando.) *Pater noster.*

GEORG. ¿Quién es ese monje?

F. JOSÉ. *Tibi gloria.* (Georgey se detiene, mira á Marta como interrogándola.)

MARTA. Es un lego del convento vecino.

GEORG. ¿Y qué hace aquí?

MARTA. Dice que quiere esperar á Alberto.

GEORG. ¿Alberto te ha dejado sola?

MARTA. Sí.

GEORG. ¿No habia ninguna mujer en la cabaña? (Se adelanta y mira el cuarto abierto del fondo. Señal negativa de Marta. Pausa.) (¡Cómo no está María Teresa!)

F. JOSÉ. *Sed liberanos á malo.*

MARTA. (Mirándole con recelo.) ¿Y... la entrevista que ibais á tener con mi rival?

GEORG. No la encontré en el lugar de la cita.

MARTA. (Este hombre me ha engañado.)

GEORG. (¿Cómo alejaré al lego? (Pausa. Se dirige á Fray José y le da dos palmaditas en el hombro, diciéndole.) Hermano, ya es hora de que un monje esté en su convento.

F. JOSÉ. ¿Sí? Pues ese monje no soy yo.

GEORG. Alberto no volverá hasta muy tarde.

F. JOSÉ. No tengo maldita la prisa.

GEORG. Es que la tempestad está encima.

F. JOSÉ. ¿De veras? (Se levanta.) Entonces me quedo aquí. (Se sienta.)

GEORG. (Con ira.) (¡Oh!)

F. JOSÉ. (¡Anda! Vente con indirectas.)

GEORG. (Enrico no viene... y yo solo no podria sin provocar una alarma peligrosa.)

MARTA. ¿Qué estará pensando? (A. F. José.)

F. JOSÉ. (Alguna picardía.)

GEORG. (¡Oh qué idea!) (Ap. á Marta llamándola por señas.) Dime; el narcótico que te dí para Alberto...

MARTA. En uno de esos jarros.

GEORG. (Mirando á la mesa.) ¿En el blanco?

MARTA. No. En el otro. (¡Ah! engaño por engaño.)

GEORG. (A ella me será fácil alejarla.)

MARTA. (Ya adivino su intencion.)

GEORG. (Pausa.) Hermano... pues que habeis de pasar aquí la noche, ¿quereis que echemos juntos un trago?

F. JOSÉ. Hombre, precisamente lo estaba yo deseando. (Con intencion.)

MARTA. (Ap. al lego.) No bebais del jarro blanco.

GEORG. ¡Pues ea! Un jarro cada uno... (Hace seña á Marta para que calle.) y... vaso por vaso... (Pone el jarro negro al lado del lego.)

F. JOSÉ. (¡Caiste!) Con mil amores.

GEORG. Acercaos. (Se sienta á la mesa. Marta queda de pié.)

CANTO.

TRIO.

GEORG. Cuidad no os haga daño,
que es muy añejo. (Con sorna.)
F. JOSÉ. (Id.) Cuidad vos no os cause
algun mareo.
GEORG. ¡El vino es mi deleite!
F. JOSÉ. ¡Tambien el mio!
GEORG. (Bebiendo.) Muy buen provecho, hermano.
F. JOSÉ. (Bebe.) Lo mismo digo. (Con intencion.)
MARTA. (Ap.) Todo esta noche aquí viene
á confundir mi razon.
Salve yo, Alberto, tu vida,
aunque me niegues tu amor.

—

GEORG. Un néctar es el vinillo:
otro traguito y van dos.
F. JOSÉ. ¡Otro traguito!
GEORG. Mientras más beba, hermanito,
ha de saberle mejor.
F. JOSÉ. ¡Otro traguito!
¡Otro traguito!
(Ap.) ¡Ya vas cayendo
en el garlito!
GEORG. ¡Ay qué licor!
F. JOSÉ. ¡Ay qué licor!
(Mientras más pronto
te lleve el diablo,
será mejor.)
LOS DOS. ¡Ay, qué licor!

LOS TRES.

MARTA. (Ap.)	F. JOSÉ.	GEORGEY.
Salve tu vida	Mientras más pronto	Mientras más beba
aunque me niegues	te lleve el diablo,	le irá sabiendo
despues tu amor.	será mejor.	mucho mejor.

GEORG. (Ap.) ¡Ah, necio! ¡Ya caiste!
F. JOSÉ. (Ap.) ¡Ah, tonto¡ ¡Te clavé!

EMPRESA JUAN OREJON

GEORG. ¿Qué tal?
F. JOSÉ. Muy bien,
muy bien...
muy retebien.

—

GEORG. (Ap. y mirándole á hurtadillas.)
¡Já, já!
¡Ya el licor le alegra!
¡Já, ja!
¡Ya turbado está!
Sus ojos
despiden chispas.
¡Ay, pobre lego,
tú dormirás!
F. JOSÉ. (Como el otro.) ¡Já, já!
¡Sóplate ese huevo!
¡Já, já!
Ya me lo dirás.
Tú vienes
aquí por lana,
y yo te voy
á trasquilar.
MARTA. (¡Oh, qué impaciencia!)
GEORG. ¡Bravo el leguito!
F. JOSÉ. ¡Bravo el vejete!
LOS DOS. ¡Bravo en verdad!

LOS TRES.

GEORGEY. (Levantándose.)
¡Já, já!
¡Ya el licor le alegra!
¡Já, já!
Ya turbado está.
Sus ojos
despiden chispas.
¡Ay, pobre lego,
tú dormirás!

F. JOSÉ. (Levantándose.)
¡Já, já!
¡Sóplate ese huevo!
¡Já, já!
Ya me lo dirás.
Tú vienes
aquí por lana
y yo te voy
á trasquilar.

MARTA. ¡Oh, Dios!
de impaciencia muero.
Mi amor

en peligro está;
y en vano
mi mente alcanza
el cómo
lo he de salvar.
(Cesa la música.)

HABLADO.

F. JOSÉ. Pues señor... ahora que he bebido, me siento con ganas de tomar el camino del convento.

GEORG. ¿Sí? (El sueño le acomete sin duda...)

MARTA. ¡Cómo! ¿Os vais?

F. JOSÉ. En busca de Alberto. (Este ya tiene en el cuerpo lo que necesita, y así lo podremos coger dormido.) Esperadnos.

GEORG. Con que... buenas noches.

F. JOSÉ. Dormid bien. (Con ironía.)

GEORG. Creo que vos dormireis mejor.

F. JOSÉ. ¿Sí? Pues mejor que mejor.—Ea... Hasta otro ratito... (Abre la puerta. Un relámpago.) ¡Jesus, María y José!

GEORG. ¿Teneis miedo á la tormenta?

F. JOSÉ. Un poco; pero le temo más al diablo. (Saliendo.)

GEORG. (Sonriendo.) Al diablo se le conjura.

F. JOSÉ. (Fuera de la cabaña.) Ya lo he hecho. ¡Agur! (Trueno lejano.) ¡Santa Bárbara! Corro á desatar mi mula. Bonito humor tendrá con este tiempo.

ESCENA IX.

MARTA y GEORGEY.

GEORG. (Vuelve y observa á Marta, que lo mira de hito en hito.) ¿Por qué me miras así?

MARTA. Vos lo sabeis.

GEORG. (Con estrañeza.) ¿Yo?

MARTA. Vos, que me habeis engañado.

GEORG. (Sorprendido.) ¿Eh? (Ap.) ¿Quién se lo habrá dicho?

MARTA. ¡Os turbais!

GEORG. (Sonriendo.) ¡Bah! ¿Por qué?

MARTA. ¡Ah! ¿no os importa que yo sepa que vos sois enemigo de Alberto? ¿Que vos me habeis ocultado?..

GEORG. (Vivamente.) Él te ha dicho la verdad, segun eso.

MARTA. ¿Qué os importa si ya no he de fiarme de vos?

GEORG. Pues bien: Alberto es un insensato.

MARTA. Y vos... (Con ira.)

GEORG. Yo puedo aún pagarte lo que has hecho. Por tí se ha descubierto todo... y yo te ayudaré á obtener su perdon.

MARTA. (Confusa.) ¿Su perdon?

GEORG. El suyo solo. Pero en cuanto á la emperatriz María Teresa, que bajo ese disfraz de labradora se ocultó con su hijo en la cabaña; (Marta empieza á comprender la verdad y manifiesta una gran agitacion.) en cuanto á los aldeanos que al toque de ánimas debian levantar en la montaña el grito de rebelion...

MARTA. (De repente y comprendiéndolo todo.) ¡Dios mio!!

GEORG. ¡Para esos... no habrá piedad alguna!

MARTA. ¿Y vos, cómo habeis sabido?

GEORG. ¿Olvidas la carta de esta tarde?

MARTA. (Con fuerza.) ¡Ah, miserable de mí!

GEORG. ¿Qué dices?

MARTA. ¡Digo que yo ignoraba todo eso; que mis celos han perdido á Alberto; á sus amigos, á mi pobre país! Que á estas horas!... ¡Oh! ¡A estas horas todos mueren tal vez por mi causa! ¡Alberto! ¡Alberto! ¡Perdon! ¡Alberto! ¿Dónde estás? (Como fuera de sí.)

GEORG. (Queriendo detenerla.) ¿Qué haces?

MARTA. ¡Dejadme salir; dejadme salvarle ó morir con él!

GEORG. ¡Tus gritos te harán caer en poder de los soldados que cercan la montaña! ¡Tus gritos serán ahogados por la tempestad! (Truenos.)

MARTA. ¡Sí: el cielo parece maldecirme! Pero mi voz dominará el rugido de la tormenta; ni la ira del rayo será bastante á detenerme!

GEORG. ¡Espera! ¿A dónde vas? (Sale precipitadamente y desaparece corriendo.)

ESCENA X.

GEORGEY solo.

Se va. Ya no se oye el rumor de sus pisadas. Se va y me deja solo aquí, olvidándose... El campo es mio. Evitemos una sorpresa. (Cierra la puerta.) ¿Eh? me pareció sen-

tir ruido... (Hácia la izquierda.) No. Démonos prisa. Enrico me espera con su gente, y si María Teresa no está en la cabaña, su hijo al menos... Sí. Dueños de él, obligarémos á la madre á rendirse á nuestra voluntad. En este cuarto... (Abre el del fondo y coge la cuna.) Hélo aquí. ¡Dormido! ¡Con qué placer empiezo mi venganza!... ¡Cómo padecerá el corazon de esa madre!... (Pausa.) ¡Oh! mucho, sí, yo conozco ese dolor... Yo que tanto amaba á mi pobre Estéban... Así le contemplaba yo tambien cuando dormia entre mis brazos... Así le veia yo tan apacible, tan tranquilo. ¡Qué dulce sonrisa vaga por sus labios! ¡Qué hermosa criatura!

MÚSICA.—CANTO.

Niño inocente,
que estás dormido,
¡ay! tú no sabes
que al despertar,
habrás perdido
tu tierna madre,
habrás perdido
tu libertad.
¡Oh!
¡Duerme niño inocente,
no me mires, no!
que eso me quitaria
todo el valor.
¡Duerme!
¡Duerme!

(Mientras canta, Enrico y un grupo de soldados bajan de la montaña.)

GEORG. ¡No hay remedio! Es preciso partir con él. (Coje la cuna.) Siento pasos... (Se dirige á la puerta.) ¿Quién puede ser?

ENRICO. Sí, Georgey está ahí. Le ví entrar hace rato.

GEORG. ¿Es Enrico?

ENRICO. Su mision es apoderarse del hijo de María Teresa. Pero... el Conde Roberto me ha dado sobre ese niño otras instrucciones.

GEORG. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

UN SOLD. Y esas instrucciones son...

ENRICO. Quiera ó no Georgey... matarle.

GEORG. ¿Matar á ese niño?

ENRICO. ¡Así se asegura al rey de Prusia el trono de Hungría!

GEORG. ¡Oh! ¡Es imposible! Roberto no puede haber mandado... Y sin embargo, esos hombres son capaces... ¿Qué hacer? —¡Matar á este niño es una horrible crueldad!

ENRICO. ¡Georgey!

GEORG. ¡Oh! Ocultémoslo por el momento, (Lleva la cuna al cuarto de la izquierda.) hasta que pueda llevárselo yo mismo á Roberto. (Música pianísimo en la orquesta: Georgey al volver á la escena, se detiene de pronto como observándose á sí mismo.) La agitacion me trastorna. Siento un abatimiento... un...

ENRICO. (Desde fuera, dando un golpe á la puerta.) ¡Georgey! ¡Soy yo! ¡Abrid!

GEORG. Si respondo querrán entrar, y entonces... (Vuelve á interrumpirse y dice con voz natural.) Cosa más rara... mi vista se desvanece. (Se pasa ligeramente la mano por los ojos.) Mis párpados... (Con naturalidad.) ¿Qué puede ser esto? Cualquiera diria que me acomete un sueño profun... (Se detiene de pronto como asaltado de una idea que le infunde pavor.) ¡Dios mio! Los síntomas que experimento... (Su temor va creciendo.) Yo que bebí hace poco... (En voz baja y con temor de adivinar.) ¡Ah! ¡Mi sangre se hiela!... (Afirmándose en su idea y exclamando en voz baja.) ¡Sí! ¡No hay duda! (Va creciendo su agitacion.) ¡Esa pastora se ha vengado de mí!—Me ha hecho beber el narcótico.—(Con profundo terror y en voz alta.) Yo voy á sucumbir al sueño... ¡y ese niño va á ser cruelmente asesinado!!

ENRICO. (Dando voces á la puerta y con voz bronca y emenazadora.) ¡Georgey! ¡Te estoy oyendo! ¡Abre ó derribamos la puerta! (El sueño acomete con más fuerza á Georgey. Este se quiere sostener de pié y lucha para que el sueño no le rinda.)

CANTO.—FINAL.

GEORG. (Luchando con el sueño.) ¡Cielos!!! Es imposible.
¡No he de dormir! ¡Oh! ¡No!
¡Luchando con el sueño
sabré salvarle yo!

ENRIGO y SOLDS. (Llamando.)
¡Abrid, abrid al punto:

abrid, ó ¡vive Dios!
que has de morir tambien
si fueres tú traidor!

A UN TIEMPO.

GEORG. (Sosteniéndose en la mesa y levantando la cabeza con ansiedad.)
¡ Ah, pobre niño!
¡Condenacion!
(Cae una rodilla en tierra.)
¡ Dormir no quiero!
(Queriendo levantarse y llevándose la mano á los ojos.)
¡Qué horror! ¡Qué horror!
¡Teneos!
(Mirando á la puerta.)
¡Teneos!
¡Verdugos!!
Yo... Yo...
(Su voz desfallece y cae á plomo en tierra y dormido.)

ENRICO Y SOLDADOS. (Forzando la puerta para abrirla.)
Abajo la puerta,
y no haya perdon:
del Conde el mandato.
cumplid, voto á brios.
¡Entremos!
¡Entremos!
Perezcan
los dos.
(Derriban la puerta.)

(Enrico y su gente se precipitan puñal en mano en la cabaña. En este momento se ve cruzar al escape por lo alto de la montaña y atravesando el teatro, á F. José, montado en su mula y llevando al niño en sus brazos, exclamando con aire de triunfo.)

F. JOSÉ.
¡ Arre, mulita !
¡Corre veloz!
¡Yo me lo llevo!
¡ Yo! ¡yo!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

ACTO TERCERO.

En el monasterio de San Estéban. Salon gótico de figura cuadrilonga. A la derecha y junto á la pared una ancha y larga escalera de piedra para subir á una galeria que se extiende por todo el frente y por el lado izquierdo del escenario. En dicha galería una puerta frente á la escalera. Tres grandes ventanas con cristales de colores á la izquierda en la galería alta, y otras tres á la derecha de la escalera En la parte baja, ó sea en la escena, puerta al fondo; dos puertas en primer término á la izquierda. En seguida dos grandes ventanas, tambien con cristales de colores: en el centro una pequeña ventana ojiva. A la derecha, en primer término, y al pié de la escalera, una puerta secreta, disimulada en el muro: toda la decoracion es del género gótico. A la derecha una mesa con recado de escribir: un sillon. Es al amanecer.

ESCENA PRIMERA.

La escena está sola. Se oye un órgano, y de cuando en cuando un golpe de campana. Por la galería cruzan algunos monjes, que unos despues de otros se dirigen silenciosos y á paso lento hácia la puerta del coro, que se supone ser la que da frente á la escalera. Algunos han salido por las puertas que hay en la escena, y suben tambien la escalera: varios de ellos van leyendo en sus libros de oraciones. Cuando todos han entrado en el coro, la escena vuelve á quedar sola. El órgano continúa; de pronto se oye un toque de clarines. Se abre la puerta del fondo, y salen bulliciosamente muchos oficiales de diferentes armas, precedidos de Enrico, que viste un uniforme de capitan.

INTRODUCCION.

Enrico y Coro. Mientras á maitines
toca la campana,
suenen los clarines,

suene la diana.
Del tranquilo sueño
nos despiertan ya:
venga la batalla,
venga sin tardar.
Suene el clarin.
Compañeros, ¡ hurrá!
Viva, viva
el fragor de la guerra.
Suene el clarin.
¡Compañeros, hurrá!
¡Venga la batalla!
¡Venga sin tardar!

2.ª

Nuestra es la victoria,
nuestra es la fortuna.
Como nuestra gloria
no brilló ninguna.
Marte nos prodiga
lauros sin cesar,
y el amor do quiera
su placer nos dá.
Suene el clarin.
¡Compañeros, hurrá!
¡Viva, viva
el amor y la guerra!
Suene el clarin.
¡Compañeros, hurrá!
Del tranquilo sueño
nos despiertan ya.

HABLADO.

ENRICO. ¡Plaza, señores, plaza! (En voz alta y mirando á la puerta del fondo. Los oficiales se dividen en dos filas delante de la puerta.)

ESCENA II.

DICHOS, el CONDE ROBERTO, vestido con un rico uniforme, GEORGEY.

CONDE. ¡Al punto: un ayudante de campo! (Uno de los oficiales se adelanta saludando militarmente.) Montad á caballo y llevad este pliego al jefe que manda las fuerzas escalonadas en la montaña. (El oficial recibe el pliego y se va por el fondo.) Señores... hace tres noches conseguimos una victoria brillante, pero no completa. Aún quedan algunos restos de los rebeldes vagando por las aldeas vecinas. Es preciso perseguirlos sin tregua. Cuento, pues, con vosotros, y muy en breve os daré pruebas de que no he olvidado vuestros servicios. (Hace una seña para que se alejen: todos saludan y se retiran.)

CONDE. (Sentándose.) Ya lo ves, Georgey: la fortuna nos protege. Nuestra llegada desbarató los planes de María Teresa... y hoy es casi nuestra prisionera.

GEORG. Pero sin que su hijo esté en nuestro poder, será ineficaz el proyecto que abrigamos.

CONDE. Tu estéril compasion...

GEORG. Dí más bien aquel fatal narcótico. Yo caí en mis propias redes...

CONDE. ¡Y oiste decir á Enrico que tenia órden de dar muerte á ese niño! Esa órden no se la dí yo.

GEORG. Te creo, Roberto... y me felicito de ello.

CONDE. (Preciso es engañarle.)

GEORG. Ahora bien. Si la sospecha que tengo se realiza... nada habrémos perdido.

CONDE. ¿Una sospecha?

GEORG. Escúchame. (Con aire reservado.) Anoche, cuando todos os entregábais al sueño, yo velaba observando á nuestros enemigos. María Teresa, acompañada de Kelsen, cruzó furtivamente por esas galerías y entró en la celda del guardian. Su hijo debe estar oculto allí.

CONDE. ¡Su hijo!

GEORG. Es una idea que no me abandona un instante. Esa misteriosa visita... Aquel lego que me encontré en la cabaña...

CONDE. ¿No has mandado espiarle? (A Enrico.)

ENRICO. Uno de mis soldados le sigue sin cesar, y no le pierde un momento de vista.

CONDE. ¡Ah! Si tu sospecha fuese cierta...

GEORG. Muy pronto lo sabrémos. Los monjes están en el coro, y cuando el guardian vaya á reunirse á ellos, yo, sin ser visto de nadie, penetraré en su celda.

CONDE. Sí, sí, corre, averigua á toda costa...

GEORG. Acaso no haya salido todavía: de todos modos volveré á decirte...

CONDE. Aquí te espero.

GEORG. No tardaré. Adios. (Se va. Pausa.)

CONDE. ¿Y nuestro prisionero?

ENRICO. ¿Alberto? En ese cuarto. (Señalando á la primera puerta de la izquierda.) Su herida no es de peligro.

CONDE. Haz que lo trasladen á un encierro más seguro. Esos monjes...

ENRICO. Nada temais. Al lego se le espía sin cesar: hay una vigilancia rigorosa, y nadie puede entrar ni salir del convento.

CONDE. Te engañas.

ENRICO. ¿Qué decís? (El Conde se dirige al muro de la derecha, toca un resorte y se abre una puerta secreta muy disimulada en la pared.)

CONDE. Mira.

ENRICO. ¡Una oculta salida al campo!

CONDE. Que ni los monjes conocen. Mi antecesor la hizo construir al ocupar como yo el convento cuando la última revuelta. Los monjes habian por entonces abandonado el edificio... y yo poseia este secreto. ¡Ay de tí si lo confias á nadie!

ENRICO. Sé lo que importa el callarlo.

CONDE. Un enviado del rey Federico me espera, y conviene que todo el mundo ignore su llegada. Adios, y cuenta con la menor imprudencia.

ENRICO. Viene gente. Partid. (Váse el Conde por la puerta secreta.)

ESCENA III.

ENRICO, FR. JOSÉ, RAF, soldado de alta estatura.

ENRICO. Es el lego. Y seguido siempre del espía que le he destinado. No se verá libre de él un solo instante.

(Pausa. Se vá al fondo donde permanece. Fr. José sale vivamente por la segunda puerta izquierda volviendo la cara atrás. Llega hasta los bastidores de la derecha y alli se detiene. Raf aparece entonces por la izquierda, donde

se detiene tambien. Fr. José lo mira y se sienta en el sillon que hay junto á la mesa. Raf se sienta en un escaño que hay junto á la puerta. Fr. José al ver esto se levanta. Raf se levanta.)

F. José. Al refectorio... al coro... al campanario. A todas partes me sigue ese fantasma. Creo que hasta duerme al pié de mi cama. Estoy rendido de correr huyendo de su sombra. (Pausa. Da una vuelta y sube algunos escalones para irse por la galería; vuelve la cara; ve que Raf comienza á subir tras él, y entonces vuelve á bajar á la escena precipitadamente.) ¿No lo dije? Ya se vino detrás. Este hombre es como un grano que me hubiera salido en la punta de la nariz. Lo tengo que ver por fuerza. (Haciéndose aire con el hábito.) ¡Buff!! ¡Ya no puedo más! Desde ayer estoy con este tragin... y hasta he perdido las ganas de comer. (Meditando.) ¿Querrán acaso averiguar por este medio en dónde he escondido el hijo de la emperatriz? Sí. Pues trabajo les mando: por más que busquen y rebusquen... (Ve á Raf cerca de él.) Hombre, ¿quereis hacerme el favor de dejarme en paz? ¿De que yo vaya solo? De que yo esté solo? ¿De que yo pueda vivir solo? (¡Nada! Como si hablara con una esquina. ¡Cáspita! Aunque yo eche los bofes he de hacerle correr hasta el dia del juicio.) ¿Quieres seguirme? Pues aprieta los talones. (Se va vivamente por la escalera á la galería.)

ESCENA IV.

Enrico, Georgey, seguido de los oficiales.

Georg. (Saliendo por el fondo.) Capitan Enrico, acaban de avisarnos de que algunas bandas de montañeses se han dirigido hácia este monasterio.

Enrico. Nada hay que temer. Preso Alberto, en fuga los principales jefes, ¿qué puede intentar un puñado de miserables aldeanos? (Un tambor toca marcha dentro.)

Georg. ¿Eh? ¿Qué es eso?

Enrico. La emperatriz.

Georg. Disimulemos con ella todavía.

COMPAÑÍA EMPRESA JUAN OREJON

ESCENA V.

DICHOS, MARÍA TERESA, KELSEN, saliendo por la segunda puerta izquierda.

KELSEN. ¿Vuestra majestad se dignará recibir luego al Conde Roberto?

TERESA. Cuando salgamos de la iglesia.

KELSEN. Ya lo oís, capitan Enrico.

ENRICO. Se lo anunciaré á nuestro jefe.

TERESA. Despues irémos á ver á mi hijo (Ap. á Kelsen.)

KELSEN. (Ap. á María Teresa.) Por Dios, señora. Ese deseo puede sernos fatal; la celda del guardian está hoy vigilada; y entrar allí en medio del dia...

TERESA. Kelsen, temo que no haya salvacion posible para nosotros.

KELSEN. Disimulad.

TERESA. ¿Vamos, coronel? (Alto.)

KELSEN. Señora... (Se dirigen hácia la escalera.)

GEORG. (No. Yo debo rechazar de mí esta compasion que experimento al verla.) (Se oye rumor al fondo, María Teresa se detiene volviendo la cara.)

ENRICO. ¿No escuchais? (A los oficiales.)

VOCES. (Dentro.) ¡Sí! ¡Sí!

OTRAS. No. Atrás.

ENRICO. ¿Qué es eso, señor Alférez? (A un Alférez que sale por el fondo.)

ALF. Una pobre ciega, á quien los centinelas no dejaban entrar.

ENRICO. La entrada en el convento está prohibida á todo el mundo.

ALF. Sí. Pero esa pobre muchacha no puede inspirar recelo alguno. Viene vendiendo antiguos romances del país, y los soldados desean... miradla.

ESCENA VI.

DICHOS, MARTA, fingiéndose ciega, aparece en la puerta del fondo seguida de un grupo de soldados: trae en una mano varios papeles impresos, y en la otra un cayado.

TERESA. (¡La pastora!) (A Kelsen.)

GEORG. (¡Marta!)

TERESA (Quedémonos.) (Ap. á Kelsen.)

GEORG. (¡Ciega! Seria esto un ardid...)
ENRICO. ¡Cómo! En presencia de su majestad... (Queriendo impedia que pase.)
TERESA. No importa, señores, yo lo permito. (Enrico se inclina y mira á Georgey.)

CANTO.

OFICS. (A Marta.) La entrada libre tienes,
penetra sin temor.
MARTA. (Adelantándose dice ap.) (¡Proteja el santo cielo
mi astucia y mi valor!)
OFICS. Entra pues
sin temor.
MARTA. (En medio de todos.) A la pobre ciega
no le nieguen, no,
que su vida gane
como quiera Dios.
Glorias de la Hungría
publicando voy.
Nobles caballeros,
compren mi cancion.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

Á UN TIEMPO.

OFICIALES.
Pobre ciega ven,
que tu dulce voz
nos inspira á fé
tierna compasion.

GEORGEY. (Mirándola.)
Qué pensar no sé:
mucha precaucion.
Si esto es un ardid
no le valdrá, no.

MARTA. Comprad, nobles señores.
OFICS. Sí, sí.
(Se acercan, le toman romances y se los pagan.)
MARTA. Tomad.
(Volviéndose rápidamente á Kelsen y diciéndole en voz baja alargándole un papel.) ¡Tomad!
KELSEN. ¡Ah! (Cogiendo el papel vivamente.)
MARTA. (Volviéndose vivamente á los otros y disimulando.)
Es un antiguo,
romance húngaro.
(Mirando con disimulo á Georgey.)
(¡Cómo me observa!)

GEORG. (Me hace dudar.) (Observándola.)
(Se adelanta á ella y la coge los papeles.)
Dame. (Hablado.)
(Examinándolos.) Romances son. (Canto.)

KELSEN. (¡Es un mensaje!)
(Examinando el papel con María Teresa.)

TERESA. Quisiera oirlos.
(Adelantándose y dirigiéndose á Georgey.)

MARTA. ¡Oh qué bondad!

GEORG. (A María Teresa.) No hay en Hungría quien no los cante.

TERESA. Pues bien, señores. (Invitando á todos.)

GEORG. (Se inclina como accediendo al deseo de la reina, y dice á Marta.)
Niña á cantar.

OFICIALES y MARTA. ¡A cantar!

KELSEN. (Leyendo bajo.) (Hoy os salvarémos. Fiad en la pastora.)
(Hablado. Música en la orquesta.)

CANCION.

GEORGEY y MARTA. (Colocándose en medio de la escena.)
¡Ran!
(Imitando el redoble de un tambor.)
ran, ran, ran,
(Con ademan y acento misterioso.)
¿Qué rumor
por el monte y el valle
se escucha sonar?
¿Qué tropel
de caballos la arena
levanta fugaz?
¡Mirad!
¡Mirad!

OFICS. (Imitando el galope de los caballos y señalando á lo léjos, como si los vieran cruzar.)
Pon,
pon, pon, pon,
(Continúan así en toda la estrofa siguiente.)
pon, pon, pon.

GEORG. y MARTA. (Señalando á lo léjos.)
Son nuestros madgyares,
son los bravos
de la Hungría;

que á salvar su rey
volando van,
volando van.

TODOS. Son nuestros madgyares, etc.

GEORG. y MARTA. Ran,
ran, ran, ran.
¿Quiénes son
los que rompen la niebla
corriendo hácia allá?
¿Qué sin fin
de ginetes galopa
con ímpetu audaz?
¡Mirad!
¡Mirad!

OFICS. (Como antes.) Pon,
pon, pon, pon,
pon, pon, pon,
pon, pon, pon,
pon...

GEORG. y MARTA. Son nuestros madgyares,
son los bravos
de la Hungría:
que á salvar su rey
volando van,
volando van.

TODOS. Son nuestros, etc.

HABLADO.

TERESA. Señores, ese romance recuerda la lealtad de los húngaros hácia sus reyes. Quiera el cielo que nunca se olvide tan noble sentimiento. Coronel, dad unos cuantos florines á esa pobre niña.

KELSEN. Toma... (Dándole unas monedas á Marta.) (y espérame aquí.)

MARTA. ¡Dios os lo premie!

GEORG. Que no la dejen salir del convento. (Ap. á Enrico.) Esa pastora nos engaña sin duda.

TERESA. Entremos en la iglesia. (A Kelsen. Saluda á todos y se va con Kelsen, subiendo la escalera y entrando en la iglesia.)

GEORG. El guardian está en ella, (Ap. á Enrico.) y mientras dura la misa yo sabré penetrar en su celda. No pierdas de vista á esa jóven. Despues la interrogaré yo mismo.

ESCENA VII.

MARTA sola, en medio de la escena: los va mirando alejarse hasta convencerse de que no hay nadie.

(Inmóvil aún.) ¡Se alejan! Estoy sola. ¡Dios mio! (Adelantándose sin cuidado al proscenio.) Haced que yo repare hoy todo el mal que he causado. Héme al fin en el convento, donde parecia imposible penetrar. Esos hombres no han conocido mi ardid... y sin em bargo... yo temblaba de miedo. Tengamos valor: nuestros amigos esperan ocultos en estas inmediaciones. Ya he logrado entregar su mensaje... y... siento pasos... Es fray José ¡Oh! El cielo me lo envia.

ESCENA VIII.

MARTA. FR. JOSÉ que sale por la galería de arriba andando muy deprisa, y volviendo la cara atrás. Baja la escalera con precipitacion.

F. JOSÉ. ¡Esto no es vivir! ¡No hay medio de quitármelo de encima! (Se detiene.) Creo que ya no me sigue... (Andando.) ¡Ay! si yo me viese libre de ese giganton...
(Ya en la escena.)

MARTA. ¡Fray José!

F. JOSÉ. ¡Qué veo!

MARTA. Silencio. He conseguido penetrar aquí, y necesito de vuestra ayuda.

F. JOSÉ. ¡Imposible! Yo no puedo servir de nada. Yo no soy ya el mismo. ¡Me he vuelto dos!

MARTA. ¿Dos?

F. JOSÉ. Sí. Fray José, que soy yo, y mi sombra, que es el otro.

MARTA. No os comprendo. ¿Qué teneis? (Aparece Raf en la galería.)

F. JOSÉ. ¿Qué tengo? Lo que tiene un hombre á quien le persigue una mosca. Se la quita de la oreja y se le pone en la nariz: se la quita de la nariz y se le pone en un carrillo. ¡Ay! Yo no sé ya dónde ir, ni adónde volver, ni adónde ponerme, ni adónde meterme!

MARTA. Pero... (Raf va bajando.)

F. JOSÉ. Habla. ¿Qué pasa por esos campos?

MARTA. Que desde antes de anoche busco inútilmente á Alberto.

F. JOSÉ. ¿Y no te han dicho?...

MARTA. Todo me hace creer que emprendió la fuga y que logró salvarse léjos de aquí. ¡Ah! No en vano rogué al cielo por él.

F. JOSÉ. ¿Tú crees que está en salvo? Pues bien, sabe en dos palabras, que Alberto... (Vé á Raf.)

MARTA. ¡Un soldado! (Finge de nuevo y se separa de F. José.)

F. JOSÉ. ¡San Estéban! ¡El perro de presa! (Dando vueltas alrededor de Marta para hablarla en voz baja.) Despues te daré una noticia. (A Marta.) ¡Ejem! (Pasando cerca de Raf y tosiendo para disimular.) La cosa está complicada. (Por detrás de Marta hablándola.) ¡Ejem! (Pasando por cerca de Raf y tosiendo.)

MARTA. ¿Qué quiere decir? (Ap. sin comprender.)

F. JOSÉ. Si me ha visto hablar con ella... (Mirando á Raf: anda, Raf le sigue.) ¡Dios mio! ¡Este hombre me marea! Yo no puedo vivir así. (De pronto, echando á andar muy deprisa y casi llorando. Se va, Raf le sigue.)

ESCENA IX.

MARTA sola.

¡Se va! ¡Y el soldado le sigue! No adivino... ¿Qué me querria contar de Alberto? ¡Ah! mi corazon me dice que se halla libre y léjos de estos sitios. Cumplamos lo que he prometido á nuestros amigos. Un pastor que en otro tiempo fué escudero del antiguo gobernador de Buda, nos ha dicho que en el convento debe existir una secreta salida... por la cual podríamos salvar á la emperatriz. Segun las señas que nos ha dado, esa salida está situada en uno de estos salones. ¡Oh! Si yo logro descubrirla... Si ahora que estoy sola... Pronto, registremos. Nada veo que me indique... Y sin embargo es preciso que yo la encuentre; es preciso qne examinando estas paredes... ¡Cielos! (La puerta secreta se abre, y Marta se queda inmóvil detrás de ella. El Conde sale vivamente, y pasa de largo sin ver á Marta: la puerta se cierra.)

CONDE. ¡Nadie!

MARTA. (¡Ah! ¡nuestra es!) (Con alegría, despues de haber visto el exterior de la puerta.)

CONDE. Temí que alguno me viese entrar. Afortunadamente... ¿Eh? (Viendo á Marta.)

MARTA. (¡Dios mio!)

CONDE. ¡La pastora!

MARTA. ¡Valor!

CONDE. (Pausa.) (¡Estaba aquí!) Marta, ¿cómo has penetrado en el convento?

MARTA. ¿Quién sois? No conozco vuestra voz. (Fingiéndose ciega.)

CONDE. ¿No? Mírame bien.

MARTA. ¡Miraros! Me es imposible.

CONDE. ¿Cómo?

MARTA. He perdido la vista.

CONDE. ¡Ciega! (Pausa.) Con efecto; esa inmovilidad... (¿Seria esto un engaño?) (Cogiéndola la mano.) Ven acá, responde: ¿Desde cuándo estás así? ¿Por qué causa?

MARTA. Hace tres noches me sorprendió la tempestad en la montaña. Yo miraba hácia el horizonte buscando el sendero de la aldea, y de pronto pareció que el cielo se inflamaba. La luz de un relámpago horrible hirió mis ojos... caí sin sentido, y al levantarme ya no veia.

CONDE. (¿Será verdad?) ¿Con qué objeto has venido al convento?

MARTA. Con el de vender antiguas canciones húngaras.

CONDE Antiguas canciones... (No, su amante está aquí preso, y ella ha venido á verlo sin duda. Tal vez es un espía de los montañeses.)—Enrico. (Viéndole salir.)

MARTA. (¡Estoy temblando!)

CONDE. ¡Cómo has permitido entrar á esa pastora? (Ap. á Enrico, junto á la puerta del fondo.)

ENRICO. ¿Sospechais de ella?

CONDE. Sí.

ENRICO. Yo tambien. Aquí se esconde alguna trama. Una muchacha que se queda ciega no se pone en seguida á correr los campos de ese modo.

CONDE. Lo veremos. (La observa de léjos.)

MARTA. (¡Oh! si me falta la serenidad me pierdo y los pierdo á todos.) (El Conde, seguido de Enrico, baja lentamente y en silencio al proscenio, y se detiene al lado de Marta.)

CONDE. ¿Cómo es que te dejan ir sóla por la montaña?

MARTA. Yo no tengo familia, y el único amigo que me ha quedado... se halla léjos de aquí.

CONDE. ¿Hablas de Alberto?

MARTA. Sí, señor.

CONDE. (Con extrañeza.) ¿Y dices que se halla léjos?

MARTA. ¡Oh! A Dios gracias. (Con gozo.)

ENRICO. No sabe que está preso. (Bajo y vivamente al Conde.)

CONDE. (¡Oh! qué idea!) (Habla al oido á Enrico, y en seguida continúa diciendole en voz baja:) Sobre todo, dile que si pronuncia la menor palabra, que si hace la menor señal... los dos se pierden para siempre. (Enrico se va por la primera puerta izquierda.)

MARTA. (¡Qué intentarán!)

CONDE. (Ahora sabrémos si nos engaña.) (Observándola.) Mucha es tu desgracia, pobre niña; pero... aún seria más grande si Alberto hubiese caido en poder de nuestros soldados. (Con intencion.)

MARTA. (Ap.) (¡Se salvó! ¡No hay duda!) (Con alegria.)

CONDE. Por fortuna vuestra... él conocia bien los senderos de la montaña y supo escapar de los que le perseguian. (Mira á la primera puerta derecha.)

MARTA. (Muy contenta.) Vos lo sabeis, ¿no es verdad?

CONDE. Positivamente. Y estoy seguro que una vez pasado el peligro, Alberto volverá al país... (Mira á la puerta derecha.) Te amará como siempre...

MARTA. ¡Sí, señor, sí! (Alegre.)

CONDE. (Llegó el momento.) (Mirando á la puerta.)

MARTA. Y de todos modos, la idea de que está libre, de que ha logrado salvarse... (¡Ah!)

(Da un grito ahogado al ver salir á Alberto herido, por la puerta derecha y apoyado en el hombro de un soldado. Enrico hace una seña á Alberto de que guarde silencio. El Conde mira de hito en hito á Marta, que haciendo un esfuerzo sobrenatural, permanece inmóvil y como si nada viera. Alberto seguido de Enrico cruza el teatro lanzando una mirada á Marta. Enrico le repite la seña para que guarde silencio. Todo esto acompañado de la orquesta, que toca muy piano una música muy análoga á la situacion.)

CONDE. Es lástima... (A Marta mientras pasa Alberto.) que no puedas verle cuando vuelva .. (Observándola. Marta mueve la cabeza queriendo sonreir.) (No se conmueve. ¡Su vista (Mirándola.) continúa inmóvil. Si hiciera este esfuerzo para asegurar mejor sus intentos... (Alberto, Enrico y el soldado se van por la escalera: los ojos de Marta se inundan de lágrimas.) Ya se alejan. (Observándola desde el fondo.) ¿Estaria ciega en efecto? (Bajando.) ¿Eh? Creo que asoman lágrimas á sus ojos... ¡Marta! (Volviéndola frente á él.)

MARTA. Sí: ya reconozco vuestra voz. (Queriendo sonreir.)

CONDE. ¿Sabes que si me engañas, como creo; que si eres un espía de nuestros enemigos... (De pronto saca su daga con ademan amenazador, como disponiéndose á herirla. Marta hace un esfuerzo y per-

manece inmóvil. El Conde guarda en seguida su daga, diciendo:) No. Ciega está. La prueba es clara. (Se oye rumor dentro.) ¿Eh? ¿Qué rumor es ese? (Sube la escena.)

ENRICO. ¡Señor Conde! ¡Señor Conde!

CONDE. ¿Qué pasa? (Enrico le habla al oido.) ¿Seria posible? ¡Ah! Georgey, tú has asegurado nuestra victoria! Sígueme.

ENRICO. ¿Y esa pastora?

CONDE. No, ya no hay recelo alguno. (Se van.)

(Marta al verse sola cae en el sillon, cediendo á la violencia de las emociones que ha sufrido.)

MARTA. ¡Oh!!! ¡No puedo más!!

ESCENA X.

MARTA, en el sillon. MARÍA TERESA, que sale con Kelsen de la puerta de arriba queda frente á la escalera. Mientras María Teresa va bajando, MARTA se repone de su abatimiento.

MARTA. ¡Alberto! ¡Alberto en poder de esos hombres! (Se levanta.) ¡Ah! Yo le salvaré. Yo que tanto acabo de sufrir para no perder el único recurso que nos queda. Esa salida... (Se dirige al muro.) (Por aqui se abrió la pared. Sí, pero cómo?) ¡Ah! (La puerta se abre.) Apretando en este lado... Alguien viene. (Cierra.) ¡La emperatriz!

KELSEN. ¿Estás sola?

MARTA. Señora... Vuestros amigos esperan apostados muy cerca del convento. Yo he descubierto esta puerta secreta que da al campo. El tiempo urge. Salid por ella, en tanto yo procuro que Alberto se salve tambien.

TERESA. ¿Qué dices? Esa puerta...

MARTA. Es nuestra única esperanza.

KELSEN. Dios nos protege, señora.

TERESA. Pero mi hijo...

KELSEN. Esperad, tal vez pueda yo sacarlo sin peligro...

(Se dirige á la puerta del fondo.)

MARTA. No perdais un instante. Esos hombres pueden volver...

KELSEN. ¡Georgey! (Se detiene. Georgey aparece en la puerta del fondo, en donde se detiene.)

MARTA. (Si habrá oido...) (Inmóvil.)

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

ESCENA XI.

DICHOS, y GEORGEY.

GEORG. (Llegó mi vez.) (Se adelanta lentamente.)

KELSEN. ¿Qué buscais?

GEORG. No es á vos, Coronel, á quien deseo dirigirme. Es á su majestad.

TERESA. ¿A mí? (Volviendo la cara.)

GEORG. ¿Me conoceis, señora? (Descubriéndose.)

TERESA. Sólo os he visto esta mañana.

GEORG. Y sin embargo, el nombre del Madgyar Georgey, no debe ser extraño para vos.

TERESA. Creo recordar en efecto...

GEORG. Hace dos años...

TERESA. Sí (Recordando.)

GEORG. Supisteis sin duda que yo me hallaba emigrado en Italia. Pobre, solo... ¡ Y sin otro amparo que el de Dios!

TERESA. Así me lo dijeron.

GEORG. Y en vez de tender una mano generosa á este mísero anciano, en vez de concederle el que viniera á morir donde nació...

TERESA. ¿Qué decis? (Con extrañeza.)

GEORG. Vuestra mano se levantó airada y vengativa, y un dia acordándoos de la saña con que me trató vuestro padre... firmásteis...

TERESA. Tu perdon, Georgey.

GEORG. ¡Mi perdon!!

TERESA. Sin sospechar que fueras un ingrato. (Le vuelve la espalda.)

GEORG. ¡Mi perdon! No: es imposible. Yo tengo pruebas de lo contrario. Yo sé que jurasteis mi muerte, y vos no lo negareis delante de quien sabe la verdad. (Señala al Conde, que en este momento aparece en la puerta del fondo.)

KELSEN. ¿Quién osaria desmentir?

ESCENA XII.

DICHOS, EL CONDE, ENRICO, Oficiales y soldados.

CONDE. Coronel. Un asunto más grave reclama en este momento la atencion de su majestad. (Pausa.)

TERESA. Hablad, Conde. ¿De qué se trata? ¿Qué significa todo ese aparato de fuerza?

CONDE. (Con respeto y gravedad.) Señora... No extrañeis el mensaje de que estoy encargado... Pero la situacion de vuestro imperio, las más altas consideraciones públicas y el porvenir de este país, han hecho indispensable que vuestra majestad abdique hoy, en favor del rey Federico, la corona de Hungría.

TERESA. (Indignada.) ¡Una abdicacion!

MARTA. (¡Todo se ha perdido!)

KELSEN. Conde...

CONDE. Silencio, Coronel. Toda discusion es inútil; y su majestad, estoy seguro, se dignará firmar la renuncia que le presentamos. (Presenta un pliego á María Teresa.)

TERESA. (Bajo al Conde.) ¡Conde Roberto! (Cogiendo el pliego.) Esta infame traicion...

KELSEN. Señora, antes morir que mancillar vuestro nombre!

TERESA. (Con dignidad.) Lo sé. (Los mira á todos con desprecio.) Hé aquí (Rompiendo el acta.) mi respuesta. (Rumor.)

CONDE. ¿Qué haceis?

GEORG. Esa entereza es inútil, señora. Sois nuestra prisionera.

TERESA. (Con noble energía.) ¡Soy vuestra reina!

CONDE. ¿Y quién podrá acudir á defenderos?

KELSEN. (Adelantándose gravemente.) ¡Yo!

GEORG. Coronel, pensad que exponeis vuestra vida.

KELSEN (Casi interrumpiéndole.) Pienso que en este solemne momento, debo sacrificarla como bueno y leal. ¡Qué! Señores. ¿Hemos perdido por ventura el sentimiento de nuestra antigua hidalguia? (Con energía.) ¿Qué hacen estos oficiales tan bravos en el campo, tan indiferentes aquí? ¡Ante el peligro de su soberana!

CONDE. ¡Kelsen!

KELSEN. Pero mi voz les dará aliento para defenderla. ¡Amigos! ¡Yo en su nombre os invoco! ¡Unios á mí! Salvadla. (Todos permanecen silenciosos. Pausa.) ¡Qué! ¿Ninguno me responde?

TERESA. ¡Kelsen! ¿Qué has hecho?

KELSEN. Mi deber, señora.

TERESA. Y yo tambien cumpliré el mio.

CONDE. Vuestra majestad se niega...

TERESA. A todo. Salid. Yo lo mando.

CONDE. Y... si de ello dependiera vuestra libertad... la salvacion de vuestro hijo...

TERESA. (Con inquietud.) ¿Qué decis?
CONDE. Que en vano lo ocultaba el guardian en su celda.
TERESA. ¡Cielos! (Cae en el sillon.)
KELSEN. ¡Está en vuestro poder! ¡Oh! ¡Miserables! ¡El todo por el todo!
CONDE. ¿A dónde vais?
KELSEN. Conde. ¡Aún mando mi regimiento de Croatas! ¡Aún podemos luchar! ¡A mí, soldados! (Queriendo salir.)
CONDE. Vuestro regimiento se pone en marcha en este instante por órden mia. ¡Oid! Ya se aleja. (Música dentro, se oyen cajas y marcha.)
KELSEN. ¡Gran Dios!
MARTA. ¡Oh! Sálvese Alberto al menos. (Vase.)

CANTO.

(Al mismo tiempo que suena dentro la marcha.)

CORO. (A Kelsen.) Ese sonido bélico
que por el aire escúchase
es tu esperanza última
que te abandona ya.
¡A nuestro arrojo ríndase
de tu valor el ímpetu!
¡Nuestro es el niño príncipe!
Todos por él temblad.

KELSEN y TERESA. (Que se levanta.) ¡Oh Dios!

TERESA. Resistir no sé
fáltame el valor.
¡Ah! Del hijo mio
ten piedad, ¡oh Dios!

KELSEN. Vano es resistir,
no hay remedio, no.
La traicion impía
vence á mi valor.

CONDE y GEORGEY. Al destino al fin
cederán los dos;
vana es su porfía
¡vano su valor!

OFICS. (A Kelsen.) Escucha, pues.
KELSEN. ¡Oh qué maldad!
OFICS. Partieron ya.
KELSEN. ¡Partieron ya!!

(Kelsen cruza los brazos é inclina la cabeza sobre su pecho, quedándose en una actitud de noble resignacion.)

OFICS. (A Kelsen.) Ese sonido bélico
que lento va alejándose

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

es tu esperanza última
¡que te abandona ya!
¡A nuestro enojo ríndase
de tu valor el ímpetu!
¡Nuestro es el niño príncipe!
Todos por él temblad.

HABLADO.

TERESA. ¡Conde Roberto! ¡Vos me engañais para rendir mi voluntad! Mi hijo no está en vuestro poder.

GEORG. ¡No lo dudeis, señora!

TERESA. Pues bien. Yo quiero verlo por mí misma. Yo debo estar al lado de mi hijo.

CONDE. Coronel, vuestra espada.

TERESA. (Con acento firme y resuelto.) Coronel, tomad mi mano y acompañadme en busca del príncipe. (Da la mano á Kelsen.) ¿Quién se atreverá á separaros de mí? ¿Quién de vosotros se atreverá á cerrarme el paso? (Mirando á los oficiales y al Conde.)

CONDE. ¡Deteneos! (Queriendo impedir que se vaya.)

TERESA. ¡Atrás! ¡Miserable! Señores, ¡plaza á vuestra reina! (Mira á todos con ademan imponente, teniendo á Kelsen de la mano. Los oficiales abren paso con respeto involuntario. María Teresa y Kelsen salen por el fondo por medio de los oficiales.)

CONDE (A los oficiales despues de irse la Emperatriz.) ¡Al punto! ¡Las sillas á los caballos! ¡Todo el mundo á las armas! (Vanse los Oficiales)

ESCENA XIII.

EL CONDE, GEORGEY. MARTA, en la galería.

CONDE. (Muy agitado.) No hay que perder momento. Es preciso conducir á Buda á María Teresa y á su hijo.

GEORG. Y nosotros...

CONDE. Partirémos tambien. En cuanto á Alberto, ya di la órden para que lo trasladen igualmente á la capital, y acaso en estos momentos lo sacan de aquí.

MARTA. (¡Oh! ¡corramos!) (Se aleja.)

GEORG. Pero si en la capital los amigos de María Teresa se levantan en su favor...

CONDE. Ya es fuerza que la victoria se decida. Por lo demás,

(Coordinando sus ideas.) no faltará un medio para impedir... Georgey, vas á partir á Buda inmediatamente. Avisarás de cuanto ocurre al comandante de la guarnicion... y le mandarás proclamar al rey de Prusia antes de nuestra llegada.

GEORG. Sí, ese medio es el mejor.

CONDE. Apresúrate. Yo me pondré en marcha con María Teresa y su hijo esta misma tarde. Adios. Los momentos son preciosos. ¡Ah, qué impaciencia!

GEORG. Pero el jefe que manda en Buda no me conoce, y tratándose de un asunto tan grave, no se atreverá á darme crédito.

CONDE. (Con descontento.) ¡Es verdad! (Concibiendo un medio.) Espera. Una carta mia lo remedia todo.

GEORG. Con efecto.

CONDE. Cuatro renglones no más... (Sentándose á la mesa y disponiéndose á escribir.) Tú te encargarás de instruirle de lo restante. (Georgey permanece detrás mientras escribe el Conde.) ¿No es así?

GEORG. Eso corre de mi cuen... (Inclinándose para contestar, fija sus ojos en lo que escribe el Conde y se sorprende.) (¡Dios mio!) (Mirando lo que escribe el Conde y hablando muy bajo consigo mismo.) ¿Me engañarán mis ojos? No. No. Esa letra... (Registrándose apresuradamente.) Es la misma, sí. La misma de la carta que le encontré en Italia, á mi asesino! (La saca y la confronta.) ¡Ah! ¡No hay duda! ¡Es suya! ¡Roberto me ha engañado! ¡Roberto!

CONDE. ¿Eh? ¿Qué le pasa? (Vuelve la cabeza mira de soslayo á Georgey, comprende lo que pasa, hace un gesto de despecho y se da una palmada en la frente dejando escapar una exclamacion.) (¡Oh!) (Pausa.)

GEORG. (¡Miserable de mí.) (Muy bajo. Pausa.)

CONDE. (¿Qué hacer?) Estoy descubierto... Ya no hay nada posible entre los dos... (Pausa. Procura reponerse y dice.) Serenidad. (Se pone á escribir.)

GEORG. ¿Has... concluido, Roberto?

CONDE. (Todavía sentado.) Sí... Hé aquí la carta (Dándosela.) que te dará á conocer... (Mirándole.)

GEORG. Dame. (Disimulando.)

CONDE. (¡Ah! Tu disimulo no me engaña.) (Se levanta.)

GEORG. ¿Te vas!

CONDE. Sí. Necesito... no perder tiempo.

GEORG. Yo partiré en seguida.

CONDE. Adios. (Dándole la mano.) (Ap., yéndose y mirando á Georgey con gesto amenazador.) ¡Acabemos de una vez!

ESCENA XIV.

GEORGEY solo, luego MARTA. Georgey cruza las manos, levanta los ojos al cielo y se queda pensativo y con la vista inmóvil.

MARTA. (Apareciendo en la galería.) Inútil esperanza. Los soldados habian ya partido con él. Ah, ¡pobre Albérto! (Suena el órgano dentro y se arrodilla.)

GEORG. ¡Y yo acusé á María Teresa de haber decretado mi muerte! ¡Yo no la creí cuando me aseguraba que habia firmado mi perdon! ¡Yo en fin, que tanto he sufrido por mi patria, me unia al hombre que la va á entregar al extranjero! ¡Cuánto ciega el deseo de la venganza! ¡Ah, María Teresa! Tú perdonaste á Georgey, y él te salvará de tus enemigos.

MARTA. ¡Cielos! ¿Qué oigo? (En este momento se oye á los monjes, que cantan dentro un salmo.)

GEORG. Los monjes elevan al cielo sus oraciones. Ese canto fortifica mi alma. ¡Valor! Busquemos á la emperatriz... ¿Eh? (Ruido de puertas y cerrojos.) Ese ruido... Creo que cierran las puertas exteriores. Y estas tambien... ¡Todas! ¡Qué significa! (Va á salir.)

(Enrico y varios soldados se precipitan espada en mano en la escena, saliendo por la puerta del fondo al encuentro de Georgey.)

CANTO.

CORO.
¡Alto pues!
Salir de aquí
no esperes, no.
Esta vez
tu suerte ya
se decidió
¡Para tí no hay esperanza
ni perdon!
¡Madgyar Georgey, encomienda
tu alma á Dios!

MARTA. } (Desde la galería.) ¡Ah!
GEORG. } ¡Cielos!

Todo Roberto
lo adivinó!

ENRICO y SOLDS. ¡Pronto,
rinde tu espada!

GEORG. ¡Mil veces no!
(Sacando la espada y haciéndose firme contra el muro de la escalera.)
Por ella venid.

MARTA. ¡Ampárale, ¡oh Dios! (Se dispone á bajar.)

ENRICO y SOLDS. ¡Amigos á él,
perezca el traidor!

(Momento de silencio, en que sólo se oye el salmo que dentro cantan los monjes: Georgey apoyada la espalda contra el muro y poniéndose en guardia. Enrico y los soldados rodeándole á cierta distancia y buscándole un flanco para herirle, pero sin cruzar con él la espada. Marta bajando agachada por la escalera, paso á paso, y escondiéndose con la balaustrada con la ansiedad y el terror pintado en su semblante.

HABLADO. (Con orquesta.)

ENRICO. Tu resistencia será inútil.

GEORG. ¡Pero os venderé cara, mi vida! (Atrincherado.)

ENRICO. ¡Y sin embargo morirás! (Cruzan las espadas: Georgey abandona el muro.)

GEORG. (Ap. y riñendo.) ¡Sí, es cierto! ¡Luchar contra tantos, es una locura! ¿Qué hacer? ¡Cielos, inspírame!

CANTO.

ENRICO y SOLDS. (Riñendo.) ¡Amigos á él!
¡Perezca el traidor!

GEORG. (Suelta la espada, se lleva las manos al pecho, vacila y cae.)
¡Ah!!

MARTA. (Que en este momento ha llegado al primer escalon, ve caer á Georgey, y se queda aterrada y oculta detrás del pilar de la balaustrada.)
¡Cielos!!

ENRICO. (Que con los soldados da un paso atrás al ver caer á Georgey.)
¡Muerto!!

(La orquesta continúa siempre, se abre en este instante la puerta del fondo, y el Conde aparece en el umbral.)

HABLADO.

ENRICO. ¡Señor Conde, mirad! Vuestras órdenes están cumplidas.

CONDE. ¡Pronto, á caballo y en marcha sobre Buda! ¡Pese á nuestros enemigos, mia es la victoria! ¡Aún vivo yo! (Se van.)

GEORG. (Con voz firme.) ¡Y yo! (Levantándose del suelo vivamente.)

MARTA. (Sorprendida.) ¡Ah! por aquí. (Apareciendo y abriendo la puerta secreta.)

GEORG. ¡Marta! (Con sorpresa.)

MARTA. ¡Huyamos!

CANTO.

LOS DOS. ¡Protégenos, gran Dios!! (Se van.)

(En este momento sale fray José corriendo al escape y huyendo de Raf: ve la puerta secreta abierta y se mete por ella, ligero como el rayo, cerrándola trás de sí, Raf llega al centro de la escena y se queda aturdido, sin saber por dónde se le ha escapado el lego.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN ORE

ACTO CUARTO.

El teatro representa las ciudades de Buda y Pesth, divididas por el Danubio. Todo el primer término de la escena hasta la segunda caja de bastidores, figura ser la ciudad de Pesth, que se extiende por derecha é izquierda. Desde la segunda caja hasta la cuarta, figura ser el Danubio, que atraviesa el teatro. Un puente de piedra cruza el rio desde Pesth hasta Buda, cuya ciudad ocupa todo el fondo hasta los últimos términos del escenario. El puente y las entradas de las calles primeras de Buda son practicables. En la parte que figura ser Pesth, y hácia la izquierda, hay un arco que da entrada á uno de los barrios de la ciudad. Es de dia. En el muelle de Pesth, en el puente y en la entrada de Buda, se ven varias tiendas ambulantes, que forman la feria que se celebra en aquellos momentos en la capital de Hungría.

ESCENA PRIMERA.

VENDEDORES y HABITANTES de Pesth y Buda.

INTRODUCCION.—MÚSICA.

CORO.

¡Vengan, señores,
á la feria de Buda!
¡Hoy es gran dia
de vender y comprar!
¿Quién á mi tienda,
quién habrá que no acuda?
Barato y bueno

todo aquí se dará.

—

¿Quién quiere comprar?...

—

Lindas telas
de Turquía:
ricas pieles
de Astracan:
paños finos
de Viena;
finos, finos
sin igual.

—

Niñas, acudid,
acudid,
que se va á cerrar
el bazar,
que la mercancía
se me acaba ya.

—

¡Vengan, señores;
á la feria de Buda!
¡Hoy es gran dia
de vender y comprar!
¿Quién á mi tienda,
quién habrá que no acuda?
Barato y bueno
todo aquí se dará.

HABLADO.

VOCES. ¡Cintas! ¡Pedrería!
OTRAS. ¡Terciopelos!
IDEM. ¡Dulces! ¡Ramos de flores!

ESCENA II.

DICHOS, GEORGEY, MARTA, saliendo por el arco.

GEORG. Por aquí, Marta, por aquí.
MARTA. ¿Hemos llegado ya?
GEORG. Sí. Estamos en Pesth, á orillas del Danubio. Esa ciudad

que ves pasado el puente, es Buda, y hoy se celebra la feria... Ven, descansa un poco en ese banco, y esperemos la llegada de Alberto.

MARTA. ¡Alberto! ¡Cuando pienso que está libre, que me ha perdonado!...

GEORG. ¡Con qué arrojo se lanzaron aquellos bravos montañeses sobre la escolta que lo traia prisionero á Buda! En un instante pusieron en fuga á los soldados del gobernador, y Alberto se encontró en libertad y al lado nuestro.

MARTA. ¡Ah! quiera Dios que pronto nos volvamos á nuestra pobre granja, donde éramos tan felices.

GEORG. Tranquilízate: (Guiándola hácia un banco de piedra que hay á la derecha) ya sabes que juntos hemos ido convocando á los madgyares, mis amigos, y á los habitantes de las aldeas. Todos acuden á Buda para salvar á la Emperatriz... y hoy, antes que el sol se ponga...

MARTA. ¡Sí, nueva lucha, nuevos peligros! (Sentándose.)

GEORG. El cielo nos protegerá. (Se dirige un poco hácia el fondo y fija la vista en la entrada del arco.) ¿Eh? ¿Qué miro? Sí, sí, no me engaño; es el lego que huyó con nosotros del convento, y que de pronto perdimos ayer de vista. ¡Qué pálido está! ¡Qué abatido!

ESCENA III.

DICHOS, FR. JOSÉ, saliendo por el arco, muy pálido y ojeroso, con pasa lento y como alelado.

GEORG (Observándole.) ¡Su paso es lento! ¡Su mirar inquieto! (Fr. José vuelve de pronto y espantado la cara atrás, quedándose inmóvil en seguida.) ¿Qué le dá? ¡Eh! ¡Fray José! ¡Fray José! (Marta se levanta y le mira con sorpresa.)

F. JOSÉ. (Asustado y retrocediendo.) *¡Fugite!*

GEORG. Soy yo. ¿No me reconoceis?

F. JOSÉ. ¿Eh? ¿Vos? (Viendo á Marta.) ¡Qué veo! ¡Estoy entre los mios!

MARTA. Sí tal. Somos nosotros. (Fr. José comienza á afligirse.) ¿Qué os sucede?

GEORG. ¿Llorais?

MARTA. ¿Cómo nos abandonásteis en el camino?

F. JOSÉ. (De pronto y volviendo la cara.) ¡Ay! (Tranquilizándose.) No.

MARTA. ¿Qué os asusta de ese modo?

F. JOSÉ. ¿Qué me asusta? (Poniéndose en medio.) Ese infernal espía que ayer me dió caza cuando yo os esperaba junto al bosque.

MARTA. ¿Otra vez?

F. JOSÉ. Sí. El condenado montó sin duda á caballo y no descansó hasta encontrarme. ¡Miradle! Miradle allí plantado en aquella esquina. (Señalando con terror hácia dentro.)

GEORG. ¡Oh! Si nos reconoce.

F. JOSÉ. ¡Cá! Ese hombre no mira á nadie más que á mí. No tiene ojos más que para mí.

GEORG. Tranquilizaos. Hoy será nuestra la victoria. Nuestros partidarios acuden á la capital.

F. JOSÉ. Muy buen provecho les haga. Yo no viviré ya cuando vengan.

MARTA. ¿Por qué?

F. JOSÉ. ¡Porque mi mal no tiene cura! ¡Porque me come la hipocondría! ¡Adios hermanos! Si quereis algo para el otro mundo, no teneis más que mandar.

MARTA. ¿Pero no habeis oido que muy pronto?...

F. JOSÉ. No. Ya no hay esperanza que me... (De pronto.) ¿Cuándo se arma?

GEORG. ¿Os animais?

F. JOSÉ. Creo que sí.

GEORG. ¡Pues ea! ¡Valor, hermano!

F. JOSÉ. ¡Sí, valor! ¡Entusiasmo! Yo me voy á esconder.

GEORG. ¿Adónde?

F. JOSÉ. No lo sé. Ya me avisareis cuando ganemos: ¿sí? Sobre todo libradme de ese soldadote! por los clavos de Cris... ¡Ay! ¡El es! (Echa á correr y desaparece por la derecha.)

MARTA. ¡No! ¡Nadie viene!

ESCENA IV.

GEORGEY. MARTA. ALBERTO, seguido de dos hombres, saliendo por la derecha.

ALB. ¡Hé aquí el lugar de la cita! Partid y apostaos con los demás compañeros en el puente de barcas que hay en ese lado. Así no perdereis de vista las puertas de la ciudad. (Los hombres se van.)

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJÓN

MARTA. (Presentándosele con Georgey.) ¡Alberto!

ALB. ¡Marta mia! ¡Georgey!

MARTA. ¿Has podido llegar hasta aquí sin peligro?

GEORG. Habla. ¿Qué nuevas?

ALB. Vuestros amigos deben ya haber penetrado en Buda en pequeños grupos y sin infundir sospechas.

GEORG. Pero los montañeses, los habitantes de los campos vecinos...

ALB. Estarán antes de una hora en las puertas de la ciudad, y al oir el toque de rebato, entrarán en ella á toda costa.

GEORG. ¡Todo en fin nos promete la victoria!

ALB. No. Nuestros esfuerzos van á ser completamente inútiles.

MARTA. ¡Dios mio!

GEORG. ¿Qué quieres decir?

ALB. Lo que nadie ignora ya. Esos traidores, viéndose dueños del príncipe, han exigido á la Emperatriz como único medio de rescatar á su hijo, una abdicacion pública y solemne.

GEORG. ¡Ah! ¡Todo se ha perdido!

ALB. Esa abdicacion va á tener lugar dentro de pocos instantes en la catedral de Buda, ante los nobles y el pueblo.

GEORG. ¡Nosotros sabremos impedirla!

ALB. ¡Y la Emperatriz perderá entonces á su hijo!

MARTA. No, no. Eso seria la mayor desgracia para ella.

GEORG. ¡Es decir que nada hay ya que esperar! Pues bien. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

ALB. Soló él puede salvar á María Teresa. El conde Roberto tiene guardado al príncipe en la fortaleza de Buda, y seria una cosa imposible...

GEORG. (Vivamente.) ¿En la fortaleza? ¿Estás seguro?

ALB. Lo sé positivamente.

GEORG. ¡Ah! Todavía nos queda un recurso.

ALB. ¿Qué decís?

GEORG. Digo que Roberto antes de atentar ayer contra mi vida, me entregó una órden, con la cual puedo penetrar en la fortaleza. Esa órden la tengo aquí. (Señalando á uno de sus bolsillos.)

ALB. (Con ansiedad.) ¿Y bien?

GEORG. ¿Tú crees que mis amigos deben haber llegado á la capital?

ALB. Y acaso os esperan en el sitio convenido.

GEORG. ¡Alberto! Cumplamos cada cual nuestro juramento. Si una vez empeñada la lucha, oyes dos disparos de cañon en la fortaleza de Buda, será señal de que somos dueños de ella y de que ese inocente niño se ha salvado.

ALB. ¡Oh! ¡Sí, corred! Juguemos el todo por el todo.

GEORG. Y si muero, (Cogiendo las manos de los dos jóvenes,) acordaos de este pobre viejo... y perdonadle todo el mal que os causó.

MARTA y ALB. ¡Georgey! (Abrazándole.)

GEORG. ¡Adios! Adios, amigos mios. (Se va por el puente, penetrando en las calles de Buda.)

ESCENA V.

PUEBLO. ALBERTO y MARTA.

MARTA. Alberto, ¿cuál será nuestra suerte?

ALB. Fíala como yo á la bondad del cielo.

MARTA. ¡Ah! El recompensará tus sacrificios.

ALB. Mi única recompensa, mi única ambicion despues de la victoria, será volver á mis alegres campos y vivir á tu lado, Marta mia.

MARTA. ¡Calla! ¿No ves?

ALB. Un grupo de soldados hace quitar la feria.

MARTA. Sí. Es verdad.

ESCENA VI.

DICHOS, el ALFÉREZ y SOLDADOS que van desalojando de allí á los feriantes. UN MERCADER. El Mercader, bajando al proscenio cerca de ALBERTO, y acompañado de varios hombres.

MERC. ¿No os lo decia yo? El conde Roberto es un tirano que no sólo oprime á la Emperatriz y quiere entregarnos á la Prusia, sino que nos obliga á cerrar nuestro mercado.

TODOS. Sí, sí.

MERC. Mirad. (Señalando á varias mujeres que bajan al proscenio.) Ni siquiera deja que esas pobres muchachas vendan sus flores.

ALF. (Que se acerca.) Más tarde podrán hacerlo. Ahora es preciso dejar el paso libre.

MERC. ¿A quién? (El Alférez le vuelve la espalda.) ¡Ah! (A los que le rodean.) Si como se asegura, estallase hoy un motin...

ALB. (Presentándose con Marta en medio de ellos.) ¿Se podria contar con vosotros?

MERC. (Sorprendido.) ¿Eh? Sí, por mi nombre. ¿Quién eres tú?

ALB. Quien desea librar á la Emperatriz. Quien os guiará contra sus enemigos, que son los vuestros.

TODOS. Marchemos.

ALB. ¡Chiss! Prudencia, amigos. La ocasion no es llegada. Ved que nos observan. (Señalando al oficial y los soldados.)

MERC. Sí. Disimulemos.

ALF. ¿Qué haceis agrupados de ese modo?

ALB. Nada, señor oficial. Como la feria ha concluido, queremos distraernos un poco: ¿no es verdad, muchachos? (Señal afirmativa de todos.)

MERC. ¡Qué diablo! Dejadnos al menos pasar alegremente el rato. Ea, cantad alguna cosa, amigos: animaos. Con esto verá el señor oficial que somos gente pacífica é inofensiva.

ALB. En hora buena.

ALF. Oigamos, pues.

ALB. Con mucho gusto.

CANTO.

ALB. Es el canto de mi patria,
en el campo
y la ciudad,
tierna música de amores,
de placer y libertad.
(El Alférez y soldados se alejan.)
Laralá, laralá,
laralá, laralá.

CORO. Laralá, lara[illegible]
laralá [illegible]á.

ALB. (Bajo [illegible].)
Al arma, pues,
prontos estad.

CORO. (Id.) Al arma, pues,
sin vacilar. (El Alférez vuelve.)

MARTA. (Viendo á los soldados.)
Laralá, lá, lá, lá.
TODOS. (Disimulando.) Lá, laralá,
larairo,
la cancion húngara
vuelva á sonar
la tierna música
de los amores,
el eco alegre
de libertad. (El Alférez observa.)
ALB. Por do quiera el viento lleva
en sus alas
mi cantar,
y la brisa de los valles
lo repite
sin cesar.
Laralá, laralá,
laralá, laralá.
CORO. Laralá, laralá.
laralá, laralá. (El Alférez se aleja.)
ALB. (Bajo.) Muera el traidor :
marchemos ya.
CORO. (Id.) Muera el traidor :
marchemos ya.
(El Alférez y soldados vuelven.)
MARTA. Lará, lá, lá, lá.
TODOS. (Como antes.) Lá, lará,
lará, larairo,
la cancion húngara
vuelva á sonar,
la tierna música
de los amores
que el blando céfiro
repetirá.

HABLADO.

MERC. (Que ve alejarse al Alférez y soldados.) ¡Ya se fueron!
ALB. Y bien , ¿estais dispuestos á seguirme?
MERC. Adonde quieras.
ALB. ¡Pero no teneis armas!

MERC. A nadie falta una espada ó un arcabuz.

ALB. ¡Impidamos que esos traidores hagan abdicar á la Emperatriz! ¡Acabemos de una vez con ellos? (Se oye una marcha lejana.)

MARTA. Escuchad. (Aplicando el oido.)

MERC. Esa marcha... Dejadme ver. (Se asoma al arco: todos le siguen con la vista.) Ya no hay duda. La abdicacion va á tener efecto. ¡Es la comitiva que conduce á la Emperatriz á la catedral!

ALB. ¡Oh! Si mis amigos tardan en llegar á las puertas de Buda...

MERC. ¿Qué hacemos?

ALB. Aventurar el golpe seria exponernos y exponer á Georgey...

MERC. ¡Decídete!

ALB. Venid. Apartémonos á este lado.

ESCENA VII.

ALBERTO, MARTA, el MERCADER y los hombres y mujeres que forman el grupo, se colocan al extremo derecho del público, mirando con ansiedad hácia el arco por donde sale la comitiva al compás de la orquesta y músicas militares, en el órden siguiente: cinco batidores, cuatro tambores, una banda de música, un piquete de granaderos, varios gremios llevando enseñas con los atributos respectivos, un porta-estandarte con las armas de Buda, dos maceros, la municipalidad, caballeros de Buda y Pesth, otro porta-estandarte con dos oficiales á los lados, un piquete de soldados, varios generales y oficiales superiores, magistrados, otros dos maceros, tres palafreneros, pajes, uno de ellos llevando en una bandejas cubierta con un paño de terciopelo carmesí, la corona y el cetro, dos alabarderos, MARÍA TERESA en medio del CONDE y de KELSEN, varios lacayos llevando la litera real, otra banda de música, un piquete de alabarderos; hombres, mujeres y niños del pueblo.

MÚSICA.

CORO. (Ap. unos con otros, al mismo tiempo que va pasando la comitiva, y que tocan las bandas.)

Rendir su altiva frente
hoy la traicion
no ha de lograr.
Con ánimo valiente
su pueblo fiel

la salvará.

—

¡Compañeros, valor!
¡El acero empuñad!
¡Ya el momento llegó!
¡A luchar! ¡A luchar!

(La comitiva atraviesa lentamente el teatro, pasa por el puente y desaparece por una de las calles de Buda. Cuando se ha alejado, Alberto, Marta, el Mercader y los hombres y mujeres del pueblo vuelven al centro de la escena con agitacion.)

ALB. Ya lo veis. Suceda lo que quiera, es imposible esperar por más tiempo.

MARTA. Alberto... ¿qué intentas?

ALB. Impedir ese infame atentado. Corramos á la catedral.

MERC. Pero... ¿bastaremos nosotros?... el Conde tiene en rehenes al hijo de la Emperatriz, y á la menor señal de insurreccion puede sacrificarle á su venganza.

ALB. Otros se han encargado de salvar á ese niño. ¡No hay que vacilar, amigos! (Con voz firme y resuelta.) A Buda, y que Dios nos proteja.

TODOS. ¡A Buda!

ESCENA VIII.

DICHOS, FR. JOSÉ, saliendo á escape por la derecha.

F. JOSÉ. ¡Aunque sea á Pekin!

MARTA. ¡Fray José!

F. JOSÉ. ¡Oh dicha! ¡Le he dado esquinazo!

ALB. ¡Valor, amigos!

F. JOSÉ. ¡Adios! ¡Ya la van á armar!

ALB. Fray José, vos cuidareis de Marta... ¿no es cierto?

MARTA. ¡Qué! Yo he de abandonarte...

F. JOSÉ. (Cogiéndola de la mano.) ¡Hermana! ¡Hermana! Nosotros somos gente de falda y no tenemos que pelear.

ALB. ¡Adios! ¡En marcha! (Se va por el puente seguido de todos.)

MARTA. (Al lego.) Venid, partamos con él.

F. JOSÉ. ¡Esta muchacha tiene el diablo en el cuerpo! Pero hija, ¿no ves que nos pueden dar un trastazo?

MARTA. Pues bien. Yo partiré sola. (Se va por el puente.)

F. JOSÉ. ¡Detente! ¡Escucha! (Se detiene.) ¿La sigo? ¿Y si me rom-

pen un hueso? No la sigo; aquí me quedo solo, ¡solo!... ¡Ay qué gusto es estar solo! Pasea uno como le acomoda. No ve uno más que lo que quiere. ¡Buff! ¡Se respira con libertad! ¡Cáspita, y qué piés tengo! En un santiamen, ¡zás! ¡Me he venido por el puente de barcas y he dejado á ese fariseo con un palmo de narices! (Restregándose las manos con alegría.) ¡Y el muy tonto me estará buscando! ¡Sí! ¡Busca, perro dogo! ¡Creo que de puro contento empiezo otra vez á engordar! Sí. ¡Oh qué placer! *¡Ego sum contentis... et gordis!* Ahora tomemos tierra y pongámonos en marcha hácia el conven... (Raf aparece.) ¡San Ambrosio! ¡Ya está ahí otra vez! (Se echa la capucha y empieza á dar vueltas.) ¡Ay, Dios de los perseguidos y de los apurados!

RAF. (Saliéndole al paso.) Daos preso. (Le coge y le tira de la capucha descubriéndole.)

F. JOSÉ. (¡Uff! Él habló poco, pero bueno.) Tengo mucha satisfaccion en volveros á ver...

RAF. (Cogiéndole de la mano y llevándole hácia el puente.) Seguidme.

F. JOSÉ. (¡Ay, si se enredara la gresca!)

RAF. ¡Pronto! Seguidme al castillo de Buda.

F. JOSÉ. (¡Enrédala, San Estéban de mí alma!) (Dejándose llevar.)

RAF. ¿Eh? ¿Qué estais diciendo?

F. JOSÉ. ¿Yo? Nada... que me gusta mucho el rio... (Ya en el puente.) (Si pudiera escurrirme...) Mirad, mirad qué pececitos...

RAF. ¡Voto á brios! (Rumor dentro.)

F. JOSÉ. ¡Cielos? Ya se armó.

VOCES. (Dentro.) ¡Muera el conde Roberto!

RAF. (Conteniendo á Fr. José que se quiere escapar.) ¡Quieto! ¡Al castillo! (Raf luchando con F. José, cae al rio y desaparece.)

F. JOSÉ. ¡Al agua! ¡Oh! ¡Misericordia! (Mirando.) ¡Se ha ido al fondo! (Bajando vivamente al proscenio.) Él tiene la culpa que no sabe nadar. (Aturdido.) ¡Dios mio! ¡Qué es lo que he hecho! ¡Esto es peor aún! Ese hombre me perseguia antes en carne y hueso... y ahora me va á perseguir como un alma del otro mundo! (Crece dentro el rumor y el choque de armas.) ¡Anda! ¡Y qué porrazos se sacuden por allá! (Mirando.) ¡Qué confusion! ¡Cielos! ¡Ya corren! Imitemos su ejemplo. Escóndete, José. (Se va.)

ESCENA IX.

Un grupo de hombres y mujeres atraviesa corriendo por las calles de Buda. ALBERTO, el MERCADER, y un grupo de hombres del pueblo con armas: vienen apresuradamente y como en retirada por el puente.

ALB. (Mirando á la derecha.) Vienen por el puente de barcas.

MERC. ¡Y somos inferiores en número!

ALB. Pero el regimiento de Croatas ha acudido á defender á la Emperatriz, y Georgey sabrá librar al príncipe.

CONDE y ENRICO. (Saliendo con sus soldados por la derecha.) ¡Rendíos, miserables!

ALB. ¡Ánimo, compañeros!

CONDE. ¡Sois perdidos!

ALB. No. Los habitantes de los campos deben estar á las puertas de Buda.

CONDE. Pero aguardan el toque de rebato que yo he sabido impedir.

F. JOSÉ. (En lo alto del campanario.) ¡Te equivocas! ¡A las armas! (Echando á vuelo las campanas.) ¡A las armas!

CONDE. ¡Qué oigo!

ALB. Y LOS SUYOS. ¡A las armas!

CONDE. ¡Qué haceis!

F. JOSÉ. ¡Repicar récio!

CONDE. ¡Deteneos! La vida del príncipe depende de vosotros.

ALB. Pronto dos cañonazos nos anunciarán su libertad.

CONDE. El comandante de la fortaleza tiene órden de darle muerte si la insurreccion triunfa.

TODOS. (Aterrados.) ¡Cielos!

CONDE. ¡Abajo las armas! (Se oyen dos cañonazos.)

ALB. ¡No! ¡Nuestra es la victoria!

VOCES. (Dentro.) ¡Hurra! ¡Hurra!

CONDE. ¡A ellos! ¡Mis soldados! (Van á atacar á los del pueblo. En este momento crecen las voces y el tumulto, y Marta aparece en lo alto del puente con el niño en brazos, al lado de Georgey y seguida de un inmenso gentío. Al mismo tiempo se ven salir corriendo por el muelle de Buda á los habitantes de los campos armados de hoces, horcas y otros instrumentos de labranza. Otro grupo igual aparece por el arco de Pesth. El Conde y sus soldados retroceden.)

MARTA. (Levantando el niño en alto.) ¡Viva el emperador!

TODOS. ¡ Viva !

KELSEN. (Sale por la derecha y se lanza sobre el Conde, que se llevan violentamente algunos soldados.) ¡ Miserable ! (María Teresa ha salido al mismo tiempo seguida de varios oficiales y soldados y se lanza al lado de su hijo, que Marta le entrega. Georgey dobla la rodilla á los piés de la Emperatriz, que le tiende afectuosamente su mano.)

TERESA. ¡ Mi hijo !

F. JOSÉ. (Saliendo presuroso.) ¡ Esta sí que la ganamos! ¡ Ya somos felices ! ¡ Ya no hay picaros ! ¡ Ni traidores! ¡Ni espías!.. (Raf sale de entre un grupo y se le presenta.) ¡ Cielos! ¡ Está vivo! ¡ Este hombre es impermeable!

RAF. ¡ Viva María Teresa!

F. JOSÉ. ¡ Calla ! ¡ Ha vuelto la casaca!

GEORG. ¡ Húngaros ! ¡ Hé aquí á vuestro rey !

TODOS. ¡ Viva ! (Rompen las músicas militares, mezcladas con las aclamaciones de la multitud, que llena la escena, el puente y los muelles de Buda, agitando sus armas, sus pañuelos y sus estandartes y enseñas.)

CORO.

¡ Por vos y por el príncipe
juramos pelear !
¡ Honor y gloria á Hungria!
¡ El triunfo es nuestro ya!

(María Teresa presenta á su hijo. Georgey y Kelsen están á su izquierda, y Alberto estrechando la mano de Marta, á la derecha. Cae el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

COMPAÑIA DE ZARZUELA
* EMPRESA JUAN OREJON *

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON

CATALOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas.

¡Presente, mi General!
A precio de la vida.
Achaques de la vejez.
¡Españoles, á Marruecos!
El honor y el trabajo.
El padre de familia.
Las aves de paso.
Casado y soltero.
El amor y el almuerzo.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La cotorra.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
La zarzuela.
La pupila.
Pablito.
Bruschino.
El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
Amar sin conocer.
Catalina.
Campanone.
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancer voluntario.
El sargento Federico.
El Juramento.
El Paraiso en Madrid.
Galanteos en Venecia.
Los Madgyares.
Los Circasianos.
Mis dos mujeres.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA JUAN OREJON